

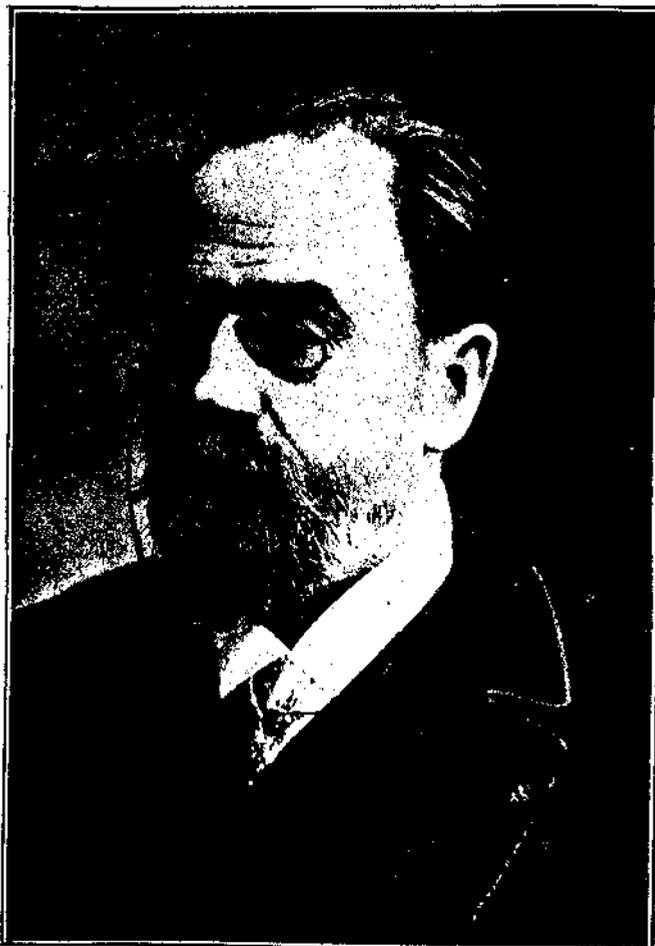
LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 104

Administración: Cristóbal Bordfu, 1, Madrid

15 Octubre 1902



ZOLA

EMILIO ZOLA

Zola ha muerto. Pero bien podemos añadir: de Zola puede desaparecer el cuerpo, la llama luminosa de su cerebro esparcida en la monumental columna de sus setenta obras que representan las fealdades de un mundo viejo y las bellezas de un mundo nuevo; los vicios atávicos de una raza enteca y degenerada y las virtudes de una humanidad sana y por consecuencia feliz; los crímenes de una sociedad tiranizada y las armoniosas templanzas de un pueblo libre, eso no desaparecerá; es inmortal. Es más; si fuera posible que unos nuevos cruzados destruyeran la obra literaria de Zola como los antiguos lo hicieron con los manuscritos de Aristóteles, quedaría lo más grande, lo más hermoso, lo más sublime que hay en su personalidad: su altruismo.

No tengo la pretensión de hacer su biografía; mi pluma es demasiado pequeña para delinear una figura tan grande. No me mueve tampoco el deseo de hablar de su obra literaria tan discutida; ante su tumba, mi homenaje, más que al gran artista, se dirige al hombre generoso que puso popularidad, intereses y bienestar en defensa de la verdad y de la justicia.

La estupidez de un pueblo tenido por el cerebro de Europa; la brutalidad de una masa considerada como la más ilustrada de todas las razas, nos hicieron conocer al Zola hombre, al Zola justiciero, al Zola altruista. En sus obras pudimos algunas veces sentirnos molestos por las descripciones detalladas de las fealdades que desgraciadamente existen en la humanidad, pudimos apartar con disgusto los ojos de un libro que levantaba el velo que encubre una pudibundez hipócrita, pudimos desear que no se nos dijera la verdad, puesto que ella descubría encarnaciones fatales de la depravación y el vicio. Sin embargo, el ejemplo que en *l'affaire Dreyfus* dió Zola de desinterés, entereza y energía nos probó que podía el literato decir la verdad escueta, presentar el mundo tal cual es, y no como deseáramos fuera, estereotipar las figuras humanas con sus desequilibrios, sus abscesos morbosos y sus interioridades histéricas, puesto que él como hombre y como literato, después de no haber recogido la herencia psicológica que nos legan las generaciones pasadas, supo poner su pecho ante la feroz bestia humana para defender la inocencia vilipendiada arrojando impasible las injurias, las calumnias, las canalladas de una turba fanática que en su odio inconcebible llegó á escupir su rostro, á querer enlodar su nombre sin mancha, á pedir su cabeza, y supo, además, crear y dar forma á una nueva moral, á un nuevo ambiente intelectual, vislumbrando en lontananza una orientación social que conducirá á las humanidades á su dicha, á su libertad.

**

En Zola, como en Tolstoi, como en Darwin y tantos otros ingenios de fama universal, es digno de observación un fenómeno curioso que conviene hacer resaltar para darnos la pauta de lo que es y para lo que sirve la ilustración oficial que se recibe en las Universidades con sus programas y sus reglamentos, sus matrículas y sus exámenes.

Los talentos, lo que podemos llamar los verdaderos talentos no pueden sujetarse á la enseñanza reglamentada; necesitan para desenvolverse tener la libertad de escoger este ó aquel tema, esta ó aquella orientación, esta ó aquella facultad. Así vemos á un Tolstoi tener que abandonar la Universidad por no poder sujetarse á los moldes estre-

chos de la enseñanza oficial; á un Darwin no poder estudiar bajo la férula de los profesores universitarios la Geología, la Zoología ni la Botánica, y sin embargo, resultar después el más grande de los maestros en las mismas facultades que no pudo acostumbrarse á estudiar reglamentariamente; á un Zola, salir airoso en los exámenes con notas brillantes en todas las asignaturas excepto la de Literatura, que se le calificó de *nulo*.

No en vano dijo Bovio que el pensamiento es anárquico.

La enseñanza oficial, reglamentada, no sirve para los verdaderos talentos, para los hombres que llevan un mundo en su cerebro. Las auras fecundizantes de la libre iniciativa, de la elección individual, son las únicas que desarrollan los cerebros y dan fuerza y vigor á las concepciones. Por eso Zola, huyendo de la Universidad que era para él la túnica de Nexos, y absorbiendo ampliamente los aires puros de lo que en la ciudad significa *la montaña*, pudo levantar la colosal obra de los *Rougon-Macquart* y con ella lanzar al rostro de la burguesía triunfante todo el fango de que se compone con las concupiscencias, las borracheras, los estremecimientos impúdicos de la hetairía de la civilización; pudo, libre de trabas y sojuzgamientos, pintar los horrores de la miseria, los antros del vicio, el siniestro pánico de un ejército que huye ante la fuerza del número, sacrificado á la aberración patriótica de los que aguardan los desastres ó las victorias desde sus confortables palacios. Convirtiendo entonces su pluma en un bisturí y su estudio en una sala de anatomía, registró las entrañas de la sociedad, estudió en sus vísceras los problemas morbosos y se interesó en aplicar el remedio.

Sujestionado cada día más por las bellezas que contienen los ideales modernos, se puso á su servicio en contra de la reacción clerical y militarista que amenazaba arrollar la Francia en lo que tiene de grande, en lo que tiene de inmortal. Luchó bravamente, como sólo luchan los titanes, cara á cara y frente á frente, despreciando su propio bienestar para alcanzar la gloria de que al menos triunfase la equidad y la justicia. Venció, aunque en la lucha dejara jirones de su tranquilidad y de su salud.

Supo odiar cuanto hay digno de odio; supo, sin embargo, amar inmensamente á la humanidad y al débil de fuerzas físicas y morales dando su mano al caído. Fué un sér completo.

*
* *

Jamás hombre alguno fué tan discutido. La crítica hincó el diente hasta en su personalidad íntima. Para insultarle se inventaron términos que el decoro no ha permitido se escribieran en los diccionarios; se publicaron caricaturas difamadoras, se escribieron artículos desvergonzantes por los mismos que hablaban en nombre del pudor, por los que tienen como sagrados y divinos *El cantar de los cantares*, por los sodomitas que se deleitan leyendo la literatura viscosa aretinesca del escritor toscano.

Se calificó su obra literaria de soez, de grosera, de inmoral; sin embargo, los libros de Zola no son capaces de pervertir á nadie. Lo que se logra con ellos es hacer aborrecible el crimen y el vicio. Nadie que haya leído *Teresa Raquin* querrá parecerse á ella.

¿Quién como Zola ha ensalzado el trabajo, ha defendido la justicia, ha proclamado la verdad? Si empezó atacando la sociedad en sus costumbres, en sus hábitos, haciendo obra destructora, concluyó edificando en la Crechérie un esbozo más ó menos perfecto de lo que puede hacerse en la sociedad del porvenir.

Aún hoy sus implacables enemigos, los envidiosos de la abeja laboriosa que persi-

guió á los zánganos, graznan como cuervos alrededor de su cadáver. Ni muerto perdonan al que por su grandeza como hombre y por su talento como literato hubo de empequeñecerlos á todos.

*
**

Las multitudes, esas multitudes que Zola pintó incomparablemente cuando rugen y cuando deliran, esas multitudes que con el mismo entusiasmo ciñen la corona en unas sienes que entregan una vida al verdugo, después de haber escupido á Zola, de haberle apedreado, de haberle acosado como el jabalí acosa á la ciervatilla por el monte, hoy, en el entierro del gran maestro han devuelto la fama á Francia puesta en litigio desde el proceso Dreyfus y han demostrado que esa Francia, cuna de tantos genios y germen de muchas libertades, continúa siendo digna de que se la proclame el cerebro de Europa y de que pueda confiarse en ella para la resolución de los problemas del porvenir.

••

Ha muerto ¡oh, pueblo!, el cantor de tus dolores, de tus miserias, de tus rebeldías; ha muerto el autor de *Germinál*; no llores por ello. Estudia, trabaja con fe y constancia y lo verás renacer como el ave Fénix de sus cenizas para mostrarte como meta final de las humanidades, como realización suprema del porvenir esos tres emblemas sacrosantos, vilipendiados ó desconocidos por los más en la actualidad: Trabajo, Verdad, Justicia.

SOLEDAD GUSTAVO.

Crónicas de Arte y de Sociología.

DESDE PARIS

La muerte de Zola.—Consideraciones sobre el artista y el hombre.—Su entierro.

Grande ha sido el destino de Zola en la vida humana, y trágicamente se le abren las puertas de la inmortalidad. Ciertamente que, para su triunfo, no cuenta con el sufragio de todos sus contemporáneos; pero es ya sabido que nada hay más lejos de la verdad que la opinión corriente.

El azar, el divino azar de que habla cierto pensador, no preside de manera absoluta en nuestra vida ni por sí solo la engrandece. Nos encumbramos realmente por virtud de la civilización, en su sentido intrínseco, y la misma se debe al esfuerzo constante de voluntades inteligentes. Del mismo modo el querer genial de Zola, ayudado de su poderosa fuerza, levantó el monumento artístico que se titula: *Les Rougon-Macquart, Les Trois Villes y Les Quatre Evangiles*.

Hubo una época en que se sentía con entusiasmo el culto por el genio. Nada más admirable existe y fecundo que el desarrollo de éste. Aun cuando el mismo, si no se educa, corre peligro de extraviarse, mueve siempre á admiración el empuje con que se manifiesta y abre camino.

Obsérvese la vida dura de Zola en sus primeros años, y véase cómo, á pesar de la miseria, de la esclavitud y de las privaciones, nos da briosos artículos de crítica revolu-

cionaria y cómo publica su *Teresa Raquin*, esa tragedia grande del remordimiento y del crimen, en forma novelesca. Por más que se instruyan y que trabajen, nada pueden producir los cerebros vacuos por naturaleza. Sólo es fecundo el que está preñado, y éste, las más de las veces, pare de cualquier modo y sin cumplir requisitos.

El parto literario de Zola ha sido inmenso y ha sugerido la visión de toda una humanidad, ya que no de una época. Por su obra se siente latir una fuerte voluntad de sinceridad y de exactitud, que le erigieron luego en paladín de la Verdad y de la Justicia. A despecho de su gran pasión de realismo, ó quizá debido á ello, Zola reprodujo la vida humana de un modo especial y vigoroso.

Sorprende al crítico observar tanta idolatría por la razón y por la ciencia en un espíritu tan romántico como era, en génesis, Zola, quien tenía además una amplitud de visión más vasta y más humana que Víctor Hugo, quien era excesivamente retórico y, por ende, muchas veces hueco.

El impulso romántico, que lleva á la exaltación de la vida y á la exageración de las cosas, condujo naturalmente á Zola á recargar la misma realidad; ayudándose luego en tal propósito con el sistema científico del determinismo, cuya filosofía, en su esencia, es rudimentaria y así él la manifestó.

Muy poderoso es el determinismo como elemento estético. Sustituye la fatalidad antigua con las leyes fisiológicas. La voluntad del individuo pende de éstas. Y en *Les Rougon-Macquart* leemos páginas siniestramente trágicas, que parecen resumir el hundimiento de toda la humanidad. Se ha llamado á esto pesimismo fisiológico y su poder es aplastante.

Mengua esto en las últimas obras de Zola, gracias á un profundo sentimiento de piedad social que en ellas se derrama. Si no fué con el determinismo, Zola extendió por sus novelas, de manera intuitiva, los hilos misteriosos que unen la vida del hombre á la esencia metafísica del mundo, y esto es quizá lo más encumbrado en la labor del gran novelista.

Muchos han progresado más que él en la formación de la propia mente, y de ahí que Zola enseñe pocas cosas á un espíritu moderno. Su cultura era limitada y su visión, con ser tan vasta, no llega á las profundidades de la conciencia. Pocas y conocidas son sus ideas, bien que éstas, gracias al vigor de su estilo ó al poder de su talento, se destacan mucho por encima del mar de sentimiento grande que llena sus obras. Estas no iluminan lo arcano, sino lo general; y hay que recurrir, para lo primero, á un Schopenhauer, á un Kant ó á un Ibsen, cuyos libros constituyen breviaríos intelectuales.

Más moderno es y se halla á nuestro alcance Mirbeau, á pesar de su pernicioso sadismo, del que, á mi entender, se aprovecha él como de un elemento estético para excitar horror; pero es un medio antihumano ó contranatural, por no decir artificioso, y puede influir peligrosamente en ciertos lectores. Más vale el determinismo.

No es posible en una crónica hacer la exégesis de todas las obras de Zola. Las conocen los más, y su recordación se habrá desvanecido en pocos, hasta entre los que se hallen en disconformidad con ellas. ¡A cuántos no han abierto, en su primera juventud, el espectáculo de la realidad externa que Zola ha tenido la habilidad literaria de desnudar á nuestra vista!

Si colosal es, por sus dimensiones y hasta por su esencia, la obra de Zola, no es menos grande su vida, á despecho de su simplicidad. Si la primera no representaba hoy por completo á Francia en el mundo, aunque su nombre literario dominara en él, la segunda encarnaba y difundía por él los bellos ideales de libertad que su país proclamara.

Nada más hermoso y heroico que la actitud adoptada por Zola en el proceso Dreyfus, cuya revisión se ha debido casi á él principalmente, habiendo arrojado para ello la expatriación, el odio y las injurias abyectas de los reaccionarios. Su terrible *F'accuse* brilla con inmortal resplandor y todas las abominaciones del militarismo, de los tribunales y de los gobiernos serán execradas, por su carta famosa, en las edades venideras.

El simbolismo social de sus últimas obras, uniéndose al primitivo y continuado culto por la naturaleza, ha dado alcance inmediato á la literatura de Zola, contribuyendo en mucho á activar las reivindicaciones del proletariado y á emancipar la razón de los peligros clericales.

El pueblo se lo ha agradecido y así lo demostró el domingo, acudiendo en grandes legiones á sus honras fúnebres. Fué un entierro imponente por su simplicidad y por la concurrencia. París, el verdadero París, y con él la humanidad dolorida y pensadora, se descubrían al pasar aquel sagrado cadáver, sobre el que se cebaron como vampiros los periódicos nacionalistas. La civilización es cierto que no puede prender en éstos y se trasluce su salvajismo agigantado por el clericalismo.

Anatolio France, el socialista epicuréo, pronunció palabras justas y hermosas que no puedo transcribir por falta de tiempo. Ellas reflejaban bastante el criterio de los libres espíritus y veneraron religiosamente al maestro muerto que tantas obras ha dejado vivas.

París, 7 Octubre 1902.

J. PÉREZ JORBA.

APOLOGÍA ⁽¹⁾

Llamado por los amigos de Emilio Zola para hablar sobre esta tumba, llevaré al mismo tiempo el homenaje de su dolor y de respeto hacia quien, durante cuarenta años, fué la compañera de su vida, que compartió con él los días de celebridad, le aligeró de las fatigas y le sostuvo con su infatigable afección en las horas más agitadas y crueles.

Señores: rindiendo á Zola, en nombre de sus amigos, los honores que le son debidos, ocultaré mi dolor y el suyo. ¡No es con quejas y lamentaciones como se glorifica á los hombres que dejan un gran recuerdo, sino con varoniles elogios y por la sincera imagen de sus obras.

La obra literaria de Zola es inmensa.

Acabáis de oír cómo el presidente de la *Société des gens Lettres*, con excelente frase, os incitaba á la admiración. Habéis oído cómo el ministro de Instrucción Pública desenvolvía elocuentemente el sentido intelectual y moral. Permitid que á mi vez la exponga á la consideración delante de vosotros.

Señores: desde que veíamos cómo se levantaba la obra, piedra sobre piedra, medíamos también su grandeza sorprendidos. Unos admiraban, otros se extrañaban, al mismo tiempo que se elogiaba y atacaba. Ataques y elogios se manifestaban con igual violencia. Se hacían al poderoso escritor (hablo por experiencia propia) reproches sinceros y al mismo tiempo injustos. Las invectivas y las apologías andaban mezcladas.

Y la obra iba engrandeciéndose todos los días.

(1) Discurso que el eminente literato francés Anatolio France, pronunció ante el cadáver de Zola.

Ahora que se descubre por completo su forma colosal, puede reconocerse también el espíritu que la anima. Es un espíritu bondadoso. Zola era bueno. Tenía el candor y la simplicidad de las almas grandes. Era profundamente moral y ha pintado el vicio con mano ruda y virtuosa. Su aparente pesimismo, un humor sombrío extendido en alguna de sus páginas, ocultan malamente un optimismo real, una fe obstinada en el progreso de la inteligencia y de la justicia. En sus novelas, que son estudios sociales, ha perseguido con saña rigurosa á la sociedad frívola, ociosa, á la aristocracia baja; combatió el mal del tiempo: el poder del dinero. Demócrata, no aduló nunca al pueblo, y se esforzó en mostrarle la servibumbre de la ignorancia, los peligros del alcohol, que le entrega imbecil y sin defensa á todas las opresiones, á todas las miserias, á todas las vergüenzas; combatió el mal social donde le encontró. Estos fueron sus odios. En sus últimos libros exteriorizó por completo su amor ferviente á la Humanidad. Se esforzó en adivinar y prever una sociedad mejor.

Quiso que en la tierra fuesen llamados sin cesar á la felicidad el mayor número de hombres. Esperaba en el pensamiento y en la ciencia. Creía que la fuerza nueva, la máquina, lograría la liberación progresiva de la Humanidad.

Realista sincero, era sin embargo un ardiente idealista. Su obra sólo es comparable por la grandeza á la de Tolstoi. Son dos grandes ciudades ideales levantadas por la Lira en las dos extremidades del pensamiento europeo. Las dos son generosas y pacíficas; pero la de Tolstoi es la ciudad de la resignación y la de Zola la ciudad del trabajo.

Joven aún, Zola había conquistado la gloria. Tranquilo y célebre, gozaba del fruto de su trabajo, cuando de golpe, él mismo, abandonó su reposo, el trabajo que amaba y los goces apacibles de la vida. Sobre un féretro sólo hay que pronunciar frases graves y serenas y dar muestra de calma y armonía; pero ya sabéis, señores, que no hay calma y armonía más que en la justicia y reposo en la verdad. Yo no me refiero á la verdad filosófica, objeto de nuestras eternas disputas, sino de esta verdad moral que nosotros podemos buscar porque es relativa, sensible, conforme á nuestra naturaleza y tan cerca de nosotros que hasta un niño puede tocarla con la mano. Yo no traicionaré la justicia que me ordena alabar lo que es digno de alabanza; no esconderé la verdad dentro de un silencio cobarde. ¿Y por qué callarnos? ¿Acaso se callan ellos, sus calumniadores? No diré más que lo que es necesario decir, pero diré todo lo que debe decirse.

Debiendo recordar la lucha emprendida por Zola en pro de la justicia y de la verdad, no es posible guardar silencio sobre esos hombres que buscan con encarnizamientos la ruina de un inocente y que, sintiéndose perdidos si éste se salvaba, le atormentaban con la audacia desesperada del miedo. ¿Cómo es posible descartarlos desde el momento en que debí presentaros á Zola levantándose débil y desarmado delante de ellos? ¿Puedo callar sus mentiras? Sería callar su rectitud heroica. ¿Puedo callar las calumnias y los ultrajes con que le han perseguido? Sería callarme su recompensa y sus honores. ¿Puedo callar sus crímenes? Sería callar su virtud. ¿Puedo callar su vergüenza? Sería callar su gloria. No, yo hablaré. Con la calma y la firmeza que da el espectáculo de la muerte, recordaré los días oscuros en que el egoísmo y el miedo habían sido los consejeros del Gobierno. La iniquidad empezaba á ser conocida, pero estaba sostenida y defendida por tales fuerzas públicas y secretas, que los más firmes dudaban. Los mejores, que nada temían contra ellos, creían llevar á su partido males irreparables. La multitud popular, excitada por monstruosas mentiras y excitada por odiosas declamaciones, estaba exasperada creyéndose víctima de la traición. Las tinieblas y el silencio más siniestro reinaban por completo. En aquel momento Zola escribió al presidente de la República su carta

mesurada y terrible que denunciaba las falsedades y los prevaricadores. Todos sabéis el furor que despertó en los criminales, sus defensores interesados, sus cómplices voluntarios, en los partidos coligados de todas las reacciones y en la muchedumbre engañada, dándose el caso de que almas cándidas é inocentes les unieron, con santa simplicidad, al odioso cortejo de perseguidores.

Recordaréis aún los aullidos rabiosos y los gritos de muerte con que fué perseguido en el Palacio de Justicia, durante este largo proceso juzgado dentro la ignorancia voluntaria de la causa, sobre relatos de testigos falsos y entre el ruido producido por el choque de las espadas. Veo aquí presentes algunos que estuvieron en aquel período á su lado y compartieron con él los peligros, ¡que digan si jamás se amontonaron tantos ultrajes sobre un justo! ¡Que digan también con qué firmeza los soportó! ¡Que digan si su bondad robusta, su piedad masculina y su dolor se desmintieron ni una vez y si su constancia desfalleció jamás! En estos días infames más de un buen ciudadano desesperó de la salud de la patria y de la fortuna moral de Francia. No eran los republicanos defensores del régimen actual los únicos aterrados; hasta uno de los socialistas más enemigos de este régimen, dijo con amargura: «Si esta sociedad está corrompida hasta este punto, sus escombros inmundos no podrán servir de fundamento á una sociedad nueva.» *Justicia, honor, pensamiento*, todo parecía perdido.

Sin embargo, todo estaba salvado. Zola no solamente había revelado un error judicial, sino que había hecho la denuncia de una conjuración de todas las fuerzas de violencia y de opresión unidas para matar en Francia la justicia social, la idea republicana y la libertad del pensamiento; su valiente palabra había despertado la Francia. Las consecuencias de su acto son incalculables y se desarrollan actualmente con una fuerza y una majestad poderosas; se extienden indefinidamente y han determinado un movimiento de equidad social que no parará, y del cual sale un nuevo orden de cosas fundado en una justicia mejor y en un conocimiento más profundo de los derechos de todos.

Señores: no hay más que un país en el mundo en que puedan realizarse cosas tan grandes (1). ¡Qué admirable es el genio de nuestra patria, qué hermosa esta alma francesa que en los siglos pasados enseñó el derecho á la Europa y al mundo! Francia es el país de la razón orlada de pensamientos bienhechores, la tierra de los magistrados equitativos y de los filósofos humanos, la patria de Turgot, de Montesquieu, de Voltaire y de Malesherbes. Zola es un benemérito de la patria por no haber desesperado de alcanzar la justicia en Francia.

No lamentemos que haya sufrido y luchado: envidiémosle. Levantado sobre el más prodigioso montón de ultrajes que la tontería, la ignorancia y la maldad hayan, elevado jamás, su gloria alcanza una altura inaccesible: envidiémosle. Ha honrado á su patria y al mundo entero por medio de una obra inmensa y de un gran acto: envidiémosle. Su destino y su corazón le proporcionaron la mayor fortuna: fué un momento la conciencia humana.

ANATÓLE FRANCE.

(1) En gracia á la hermosa obra del espíritu francés que se ha exteriorizado en todo el mundo, haciendo surgir de la humanidad el sentimiento de lo heroico y generoso, aunque mezclado de una vanidad patriótica algo peligrosa, podemos tolerar ese orgullo de raza y de pueblo que se observa en casi todos los franceses por eminentes que sean.—N. de la R.

ABEJA Y ZÁNGANO



—Estoy cansado de esta vida de burro de carga, padre Benito.

—Paciencia, paciencia, que para vosotros será el reino de los cielos!

LA REALIDAD EN EL TEATRO

¿Debe el arte escénico representar caracteres heroicos, estados morales é intelectuales más perfectos que los que constituyen las generaciones presentes, ó debe, por el contrario, ceñirse á la realidad de la vida?

¿Es el arte teatral una importante función de la inteligencia, ó bien es un artificio propio de hombres frívolos y de civilizaciones defectuosas?

Los autores dramáticos, ó deben formar entre los educadores de los pueblos que contribuyen al engrandecimiento de la especie, ó entre los creadores de lo puramente emocional.

Puntos son estos que me complazco en presentar á la consideración de los lectores, porque los estimo de suma importancia para la vida y el bienestar de las personas en general.

La historia del arte escénico es la de los pueblos y la de las edades: á humanidades simples, como las pasadas, correspondía arte simple; á generaciones de espíritu complejo, como las presentes, corresponde arte complejo. A épocas trágicas, arte trágico. A pueblos heroicos, arte heroico. A naciones caballerescas, arte caballeresco. A tiempos utilitarios, arte calculista y mercantil.

A simple vista parece, pues, que el arte escénico ha reflejado siempre la realidad, porque ha reproducido el estado moral é intelectual de cada época y de cada raza. Mas si estudiamos este asunto con detenimiento, veremos que en todo tiempo el autor ha exagerado la realidad en sentido idealista, haciendo de una realidad presente una realidad futura.

La gran tragedia del arte griego era superior á la realidad trágica de la época, tanto cuando el artista encerraba la espantosa catástrofe en la colectividad, como cuando la encarnaba en el individuo.

El artista es siempre superior á los hechos y á los hombres que presenta. De ahí que su obra sea, en conjunto, superior también á la realidad, aunque artista y obra formen parte de ella.

Y se comprende fácilmente que así sea. El autor lleva á la escena personajes vivos, asuntos sacados de la realidad; pero como pone en ellos parte de su vida, que es superior á la de las cosas y de los hombres que retrata, la obra no es absolutamente real.

Por ejemplo: el mejor actor es aquel que, desde el palco escénico, nos hace olvidar que asistimos á la representación de una comedia; pero de dos actores que causen en el espectador igual efecto real, que transmitan al público la vida, la noción de un hecho verdadero, gustará más aquél que lo represente de manera más perfecta. Sin embargo, lo perfecto no es lo natural ni lo real en ningún caso.

Pues lo mismo ocurre con los autores. De dos que reproduzcan la vida y lleven al Teatro lo que se llama realidad, será más del agrado del público aquél que la conciba ó represente más perfecta, más *idealizada* podríamos decir.

¿Qué supone este hecho real? Que en el alma de los hombres existe una inclinación hacia lo perfecto, esto es, hacia lo que no es real en un tiempo dado, pero que puede serlo en otro tiempo venidero.

Hay más aún. Generalmente en el mundo se produce lo feo y lo bello; lo bueno y lo

malo; lo armónico y lo inarmónico; lo grato y lo ingrato. Podemos añadir que en la vida real lo bello, lo bueno, lo armonioso y lo grato, por una exigencia del medio, se produce en menor cantidad que sus contrarios; pero, no obstante la superioridad numérica de lo pequeño sobre lo grande, el individuo colocado entre dos realidades opta por la más bella y grata, esto es, por lo menos común, por lo menos real.

En el inmenso y complejo campo de la vida se producen diversas realidades, mas las injustas, las feas y las ingratas, por su repetición y su número, dominan á las otras. Pues á pesar de todo, el artista que busca la realidad para-reproducirla, desecha las realidades ordinarias, vulgares, antipáticas, pesimistas y deprimentes, y elige las bellas, las justas y las simpáticas.

Hasta cuando el artista presenta en una misma obra caracteres de diferente condición moral é intelectual, procura que los buenos y grandes dominen á los malos y bajos. De suerte que el artista en este caso hace de la excepción una regla y eleva á la realidad lo menos real y menos corriente: lo heroico y lo sublime.

¿A qué ley obedece este fenómeno psíquico? La contestación se ha dado ya. Es que en el alma humana existe una aspiración ardiente hacia lo bello, optimista y simpático.

La misma colectividad-público, que descompuesto más tarde en unidades individuales se entregará fácilmente á la vida inferior, agradece al artista que le incite á elevar su inteligencia hacia las regiones de las grandezas morales, y aprecia el que le consideren capaz de comprender y aplaudir lo más elevado y perfecto de los caracteres superiores que produce la realidad excepcional.

Así, pues, el autor dramático, como el actor, ha de procurar que el público olvide que está en el teatro, poniendo delante de sus ojos hechos que son ó que pueden ser reales, pero de la realidad excepcional en sentido elevado, bello, armónico. Es decir, el artista debe establecer una especie de relación moral dentro de las dos realidades en que se divide la vida, para tomar el partido de la bella, genial, optimista y simpática, á lo que le conduce su propia inclinación hacia lo heroico y bello y su superior estado intelectual.

••

De esta suerte el artista, si ha de limitarse á reproducir la vida, ha de procurar también que sea la vida superior, y en este caso su acción en la sociedad resulta educativa y, además, impulsiva.

Para que la obra del artista sea estética y útil á la vez, ha de tomar por ejemplo una manifestación emocional infalible.

Cuando el autor dramático, en aras de lo heroico y de lo sublime, traspasa los límites de lo verosímil ó de la realidad ideal, la atención del espectador se desvía y se niega á seguir al artista con manifestaciones de desagrado ó de indiferencia, según los temperamentos.

Interiormente, la emoción antiestética ó ingrata se presenta mucho más complicada. Si el sistema nervioso recibe una impresión desagradable, pierde sus cualidades de receptor y de transmisor, y, al igual que la brújula al pasar de una influencia polar á la otra, se desorienta. Si la excitación nerviosa ó la impresión antiestética es larga, la atención del público se fatiga, no se orienta de nuevo y concluye por preferir cualquier parte del teatro al palco escénico, porque lo demás no exigirá de él la fuerza nerviosa que le exige un espectáculo que, lejos de agradarle, le fastidia. Cuando eso ocurre, el ánimo del espectador reclama, quizá inconscientemente, imágenes que hallan en su inteligencia ó en su sentido común una relación de posibilidad, de lógica entre la vida real y la represen-

tada, y si la impresión ingrata, antiestética ó de inverosimilitud es de corta duración, el sistema nervioso de los espectadores, que busca siempre lo armónico, como la brújula imantada busca el polo, se orienta de nuevo y sigue otra vez con deleite al artista.

Por consiguiente, el autor ha de hallar la medida de su inspiración ó de sus aspiraciones artísticas en la emoción estética del público, porque esta emoción no se produce cuando la obra se aparta de lo posible, aunque la imagen concebida por el artista sea sublime y grande. Luego la piedra de toque ó el punto de comparación del autor ha de ser el estado moral é intelectual del público, no para transigir con su atraso ó sus defectos, si los tuviese, sino para sacar de él todo el partido posible en beneficio de otra vida ó de otro estado de ánimo superior al presente. Sin esta relación entre lo real y lo posible, entre la capacidad del público y la imagen creada por el artista, no hay emoción estética, y, por consiguiente, no se produce la belleza que en toda obra de arte une psíquicamente al autor con los espectadores.

Ya en este caso el arte se convierte en una función transcendental de la inteligencia, y el artista presta sus creaciones á la función psíquica universal que contribuye al engrandecimiento del hombre y á la extensión y popularidad de la belleza.

FEDERICO URALES.

El Trabajador y la Huelga Revolucionaria.

El grupo editor de La Huelga General, periódico libertario de Barcelona, suspendido por la arbitrariedad autoritario-capitalista, á sus compañeros y lectores.

COMPAÑEROS:

El interés de una clase usurpadora, la indecisión de unos hombres sin ilustración ni criterio fijo constituidos en gobierno nacional, y la arbitrariedad de un militar que convierte sus genialidades caprichosas en norma de derecho, rigen actualmente en la Cataluña obrera.

Entiéndase bien: en la Cataluña obrera decimos, porque hay dos Cataluñas diametralmente opuestas y absolutamente antitéticas, que viviendo en contacto perenne se diferencian más que si las separasen siglos y vivieran relativamente en los antípodas.

Hay la Cataluña burguesa, rancia, egoísta, sin ideales, traficante, hipócrita.

Y la Cataluña obrera, modernizada, altruísta, dueña por convicción y por ciencia del porvenir, laboriosa, sincera.

Y mientras la Cataluña burguesa representa constantemente á la llamada junta de autoridades los peligros de la situación, para que no informe favorablemente acerca de la suspensión de garantías, á cuya sombra se perpetra la infame coacción denominada el *Pácto del Hambre* y se explota y se humilla impunemente al obrero, la Cataluña obrera, á pesar de las persecuciones, de la privación de todo derecho y del peligro incesante que amenazan la libertad y la vida de todos y cada uno de sus individuos, se hiergue franca y valerosa demostrando con rasgos de hermosa vitalidad que el orden no reina en Varsovia.

En tal situación, callar es un suicidio; obedecer, una complicidad.

Permanecer tranquilos esperando la merced de que se nos permita algún día hacer uso de nuestro derecho constitucional, de ese derecho democrático que mientras haya ricos y pobres sólo será vana palabrería escrita en la Constitución, no encaja en el ánimo de quienes saben que el derecho positivo es carne, hueso, imaginación, inteligencia, voluntad, todo uno, consubstancial, immanente en el hombre, y, por tanto, no sólo anterior y superior á toda ley y á toda autoridad, sino que todo precepto legal ó simplemente reglamentario que exceda del pacto libre y revocable siempre, y todo poder coercitivo por mínimo y endeble que sea, son rechazables y abominables y caen bajo la jurisdicción de la Revolución Social; pero como contra la brutalidad del hecho es hoy impotente la majestad del derecho, á causa de la esterilidad de la Revolución Política, que tras tantas ruinas y tanta sangre causadas y derramada en el pasado siglo, dejó subsistente la apropiación particular del patrimonio universal, ó sea la usurpación transmisible por herencia convertida en el llamado derecho de propiedad, apelamos al recurso de trabajar fuera del dominio del nuevo Conde de España que actualmente amordaza la libertad catalana.

Al efecto, el grupo editor del decenario *La Huelga General*, periódico libertario publicado en Barcelona, suspendido en Febrero último por la declaración del estado de guerra y suspensión de garantías subsistentes hoy transcurridos ocho meses, se dirige á sus lectores por medio de LA REVISTA BLANCA, periódico con quien nos une el doble lazo de la amistad más íntima y del compañerismo en la más perfecta conformidad en el ideal, para manifestarles nuestras impresiones y continuar la obra intelectual proletaria que ha de poner término á la detentación del capital social.

* * *

Trabajador, no eres unidad para formar cantidad; no eres hombre, no eres ciudadano; eres una fracción despreciable; contigo sólo se cuenta para la guerra, para el trabajo, para el impuesto; eres como una cápsula que contiene algo utilizable para el señor, para el rico, quien después de extraída la substancia que abundantemente le suministras te arroja con desprecio.

Cuando se dice *el pueblo*, denominación colectiva en la cual te hallas comprendido, sólo se trata de multitud, de fuerza colectiva, que únicamente vale por su masa, no por las unidades que la constituyen; como si dijéramos el mar, cada una de cuyas gotas, separadas, se pierden en seguida por la evaporación; así eres tú, ínfima gota del mar del pueblo.

Chamfort, filósofo de la revolución francesa, dijo:

«M. de Fleury, fiscal de S. M., decía, hablando con algunos letrados:—«Hasta hace poco no había oído hablar del pueblo en las conversaciones en que se trata del gobierno. Ese es un fruto de la nueva filosofía: ¿Se ignora acaso que el *tercer estado está de una manera adventicia en la Constitución?*» (Dicho en otros términos: veintitrés millones novecientos mil hombres no son más que una casualidad y un accesorio en la totalidad de veinticuatro millones de hombres).»

Tu vida, pues, no tiene objeto en sí misma sino como complemento ó accesorio de la vida de tus tiranos y de tus explotadores, que necesitan que les suministres alimento, casa, vestido, transporte, defensa, recreo, etc. etc., á trueque de un miserable jornal pagado con un no menos miserable y escaso signo de cambio, con el que, después de extenuado, apenas alcanza á lo más estrictamente necesario para tu subsistencia y la de los tuyos, quedando tan corto en la satisfacción de tus necesidades, que tu vida, siempre en

peligro, acaba violentamente, aunque no lo parezca, sólo por el hecho de que mueres, cuando racional y fisiológicamente debieras aun vivir muchos años, y cuando si se fuera á ver qué vestigios quedan de tu personalidad, nada se encuentra, porque durante toda tu vida fuiste una pieza minúscula: en el trabajo, un peón, un simple *jornalero*, que nada hiciste por tí solo, que nada creaste, que arrimaste el hombro excitado por el hambre ó atemorizado por el látigo; en el ejército, un *soldado*, es decir, un hombre despojado violentamente de su libertad relativa y alistado á sueldo para matar ó morir á gusto de tus amos, quitándote con esa denominación tanta parte de responsabilidad como de satisfacción íntima y personal pudieras acaso sentir en la defensa de tu bandera; porque eres hombre pagado para obedecer, pieza de un instrumento de guerra, un número de tu compañía, como el gatillo es una pieza de un fusil; en el hospital no pasaste de ser el número tantos de la sala de San Fulano, que solías recibir la asistencia facultativa otorgada por el médico de guardia con el desdén con que se cumple una obligación pesada, que recibías alimento y medicinas suministrados por subasta; eso caso de que no fueras considerado como objeto de un tratamiento especial y peligroso, á guisa de conejillo de Indias, hasta que por último en la mesa de un anfiteatro servías de experimento científico en que la ciencia adquiría la seguridad necesaria para curar á los ricos, á los que en forma de moneda tienen encerrada en sus arcas tu libertad, tu salud, tu dignidad, tu personalidad, de la cual te despojan para pagar á la ciencia, que también se prostituye por dinero, porque el dinero mancha cuanto toca, ya que tiene por excusa servir de mediador entre relaciones que no pueden reducirse á cantidad matemática, y por tanto dan patente de justicia á lo que sólo puede arreglarse con la generosidad altruista.

Nos asalta el temor de que al llegar aquí el lector, ó quizá antes, si es un trabajador de los que ya se han sentido solicitados para ingresar en una entidad determinada de las que prometen emancipaciones más ó menos amplias, se sonría con desconfianza y sospeche que tratamos de atraerle á servir una vez más utilitarismos que le sean extraños. Si es así, lector, puede decirse con sinceridad que tu duda es fundada, pero nunca justificará tu apatía. A eso, sólo podemos en justicia decirte: Sal de la inacción; no vayas donde te soliciten de manera más ó menos sugestiva, sino donde debas ir; despabilate para escoger tu camino, pero reconoce que si en la elección puedes equivocarte, en lo que no hay equivocación posible, en lo que sin duda quedarás como un mal hombre, como un vil que á sabiendas acepta su vileza, es permaneciendo trabajador paciente bajo el señorio de tus dominadores; y en ese sitio no tendrás paz nunca, por más que quieras creer lo que aquéllos te digan para amedrentarte ó tranquilizarte; porque estamos aquí nosotros los proletarios militantes que alumbraremos con la verdad la negrura de tu conciencia, y en nombre de tus compañeros, de tu familia, de la humanidad y en el de aquella justicia abstracta á quien toda inteligencia debe acatamiento, te excitaremos constantemente, y en el ruido del trabajo, en la angustia del turgurio, en la obscuridad del templo donde arrodillado ante ídolos y curas pides inútilmente la calma de tus supersticiones, hasta en el vocerío de la taberna donde te embruteces creyendo divertirte, oirás una voz que te juzgará calificándote de ruín, traidor, cobarde; porque has de saber que es paria, esclavo y siervo de hecho y de derecho todo el que no levanta su consideración y su voluntad á aquella sociedad futura que vive tan lejos como grande sea la desidia, la pereza y la ignorancia de los oprimidos, ó tan cerca como activa, inteligente y diestra sea la voluntad de los que ansían la libertad: preciso es que reconozcas que «saber es poder; querer es triunfar.»

El proletariado, en su significación de entidad pensante y activa, creación importantísima sobre todas las del siglo XIX, empleó la segunda mitad del mismo en los tanteos propios de la evolución infantil; pero vigorizado ya por el tiempo, por el estudio y por la experiencia, entra en el siglo XX dispuesto á cumplir la misión histórica que universalmente se le ha reconocido, y que se expresa por ésta frase más inductiva que profética: «El siglo XX es el de los obreros.»

Trabajador: Si tomas esa inducción (consecuencia racionalmente inferida de hechos anteriores) ó profecía (adivinación de lo futuro) con torpe confianza y sobre ella te duermes, y como tú hacen muchos, no habrá tal consecuencia racional ni menos adivinación, y lo que podrá ocurrir será una de estas tres cosas: primera, que por tu actitud expectante y la de holgazanes como tú, el maná esperado no caiga; segunda, que, aleccionada la gente del privilegio por el peligro pasado, refuerce sus medios de defensa y busque y halle nuevos engaños con que distraerte; tercera, que la apatía de los individuos que pudiendo ser hombres se limitan á ser masa, agregado informe é inconsciente, dé lugar al establecimiento de jefaturas, á la osadía de los ambiciosos, á que un desvergonzado y atrevido compaño se encarama á la altura, y en tu nombre, con tu consentimiento y á tus expensas te sujete más duramente á la explotación capitalista y á la tiranía política y jurídica, como hacen los jefes de los partidos obreros de todas las naciones, sin excluir España.

Te has de posesionar de modo íntimo y consubstancial á tu existencia de esta verdad: el progreso no es obra exclusiva del tiempo y de la multitud, sino que, ante todo, es obra individual. ¿No ves el clericalismo reforzado á última hora sembrando la cizaña de los conventos en los campos del progreso? ¿No ves la burguesía amparándose tras la democracia y la evolución para que desistas de tu propio ideal ó le ap'aces indefinidamente?

Si á la gran obra colectiva que mejora, perfecciona y adelanta le niegas tu concurso, cometes una falta grave y pierdes todo derecho de queja; si á la vez que tu falta supones la de muchos, y á esa suposición, por desgracia harto práctica, añades el trabajo de tantos interesados en el estancamiento de lo presente y aun en el retroceso al ser de épocas pasadas, verás bien patente la necesidad de contribuir con tu concurso de inteligencia, de actividad y de sacrificio.

Analizado así el valor del individuo en la gran obra colectiva y la responsabilidad del mismo en el supuesto de la inacción, preséntase ineludiblemente la necesidad de desvanecer lo que tiene de falsa una afirmación que corre como verdad axiomática, y con la cual, admitida ciegamente, se causa un grave daño. Es ésta: «La unión es la fuerza.» La unión supone la absoluta integridad é identidad del valor intrínseco de cada una de las unidades unidas: una pila de monedas valdrá lo que representa su suma, á condición de que cada una de ellas valga tanto como la que está encima y sirve de muestra; si una ó varias son falsas, el valor de la pila decrece tanto como sea la suma de ellas. Lo mismo sucede con los hombres; por eso suelen valer tan poco las sectas, los partidos y todas aquellas entidades ó uniones que se representan por un definidor ó por un jefe, que incesantemente recuerdan á sus subordinados que les deben acatamiento y disciplina, como que en ellas los individuos son como ceros que por sí nada valen y sólo sirven para dar prestigio al jefe, que es la única unidad positiva. Por ese signo conocerás infaliblemente á tus enemigos: todo el que excite tus sentimientos, te llame á la agrupación y te pida acatamiento, sumisión y disciplina en nombre de cualquiera abstracción más ó menos altisonante, te engaña, sólo aspira á que cambies de tirano.

Únicamente la verdad y la justicia se imponen y se manifiestan por la evidencia, demostración palpable que se ofrece de modo ineludible á todas las inteligencias, y sólo es posible la unión para un objetivo verdadero y justo entre individuos que coincidan en esa convicción y que no se sometan á intereses contrarios, y en este caso, más que esa unión que supone aceptación de lo que no se comprende bien, ó sumisión á algo que la razón no acepta, lo que ocurre es que hay coincidencia, y entre individuos que coinciden puede haber lo mismo unidad de acción que de pensamiento; sólo así la asociación es benéfica y su poder incontrastable.

Si una agrupación de coincidencias del género indicado puede hacerse, adelante; si en nombre de la justicia social existen agrupaciones en que no haya tal coincidencia y que para vivir necesiten un director, más vale que perezcan, y si á mayor abundamiento el director tiene intereses egoístas fundados en la significación é importancia que les dé su carácter de jefe, entonces la organización es una traba, una rémora, y cada individuo consciente que de ella forme parte es un traidor, y cada inconsciente un simple miembro de un rebafío, y todos juntos una fuerza á disposición del enemigo.

* * *

El proletariado nació á consecuencia de la traidora renuncia que del progreso hizo la burguesía, una vez realizada la revolución política en su exclusivo beneficio.

La Enciclopedia, la doctrina y la elocuencia con que los publicistas y tribunos burgueses censuraron los tiranos y abrieron paso á su derecho, quedó subsistente en favor de los desheredados en cuanto los burgueses se aliaron con sus antiguos dominadores ó los sustituyeron: su defensa de ayer es su misma condenación de hoy, y es á la vez nuestra propia defensa.

Pero al constituirse los trabajadores en entidad aparte y al definir sus aspiraciones, separándose de esa burguesía que se convirtió en estacionaria cuando se vió capitalista, por un resto atávico surgieron los ambiciosos del seno de ese mismo proletariado, los cuales continúan, y son los que, con pretexto de constituir una organización fuerte para combatir la fortaleza en que se apoya el privilegio, por tener cierta locuacidad, alguna instrucción y un fondo malo se han convertido en jefes y santones de esos partidos obreros, constreñidos autoritariamente dentro de una organización en la cual los individuos pagan, votan y hacen cuanto la voluntad de sus jefes ó el mecanismo de su organización les impone, hasta que se van desengañando y cayendo en la sima del escepticismo, siendo reemplazados por novatos inexpertos que voltean la noria á su vez, y así se consumen en la impotencia, mientras unos cuantos ex-obreros caciques viven sin trabajar y alcanzan fama y hasta gloria de esa repugnante y maldita que la multitud otorga á los desvergonzados que saben elevarse en zancos para ser vistos por las multitudes.

A esos tales jefes, mal llamados obreros, les veréis que los otros jefes les conceden lo que pudiera llamarse la alternativa, ó sea el tratar de potencia á potencia con otros personajes que también ejercen jefaturas, y hablar de la masa de su partido como un general hablaría del ejército á sus órdenes. Así tú, trabajador, que protestas contra la injusticia de que eres víctima, te asocias con tus compañeros en una de esas organizaciones supeditadas á un jefe, y cuando crees labrar tu felicidad futura no haces más que remachar tus cadenas.

Esos jefes te harán creer como lo más racional del mundo que para vencer al enemigo explotador es necesario conquistar el poder político, y al efecto, á fuerza de elegir concejales y diputados se arreglará todo un día con una votación parlamentaria; ó que

para luchar en huelga con un burgués rico ó con una compañía poderosa se necesita reunir, á costa de cotizaciones de unos cuantos céntimos mensuales, tantos miles de duros como sean necesarios para repartir subsidios entre los huelguistas hasta que el burgués derrotado ceda por temor de verse sumido en la pobreza; ó que constituyendo cooperativas de consumo se arruinarán los comerciantes y nos enriqueceremos proporcionalmente los trabajadores, y otras patrañas por el estilo en que tus esperanzas y tus céntimos den juego para lo único positivo que pueden servir, que es para poner en candelero un miserable ambicioso.

No, trabajador; para emanciparte no cuentas más que con tu inteligencia, tu voluntad y tus puños y con los de todos aquellos que cual tú se hayan previamente emancipado de lo que pudiera llamarse origen de todos los males, del torpe vicio de la obediencia.

Tenlo presente, méditalo bien, discurre por tí mismo y considera que la obediencia, virtud teologal, como dicen los teócratas; civismo, disciplina ó como quiera que se denomine el disfraz con que la presenten los demócratas de todo género, incluso los jefes obreros que para mejor engañarte y explotarte te llaman compañero, es una infamia indigna de todo hombre en la plenitud de su derecho inmanente; porque lo racional, lo justo, lo verdaderamente revolucionario es que nadie mande. Puede y debe el que más sabe, enseñar; el que más prevé, indicar, aconsejar; y en el interés de los que saben y alcanzan menos está el aprender y aceptar el consejo; pero ni lo uno es mandato ni lo otro es obediencia, digan lo que quieran los que teorizan inútilmente sobre si se extinguirá ó no la autoridad en el mundo; dado que lo único que puede resultar entre individuos perfectamente autónomos, es aceptación mutua y recíproca de los conocimientos especiales, propios de las aptitudes individuales; es decir, una de las múltiples formas de la solidaridad.

¡En la solidaridad radica la idea salvadora! Individuos autónomos; siendo cada uno, como dice Pí y Margall, su legislador, su universo, su dios, su todo, y, aun podemos añadir con aplicación al caso, su propio redentor; por la solidaridad se hacen fuertes hasta el punto de valer cada uno tanto por lo menos como un ejército, porque siendo una inteligencia no es inferior á un general en jefe, que es la única inteligencia entre tantos hombres; y si es una inteligencia, sobre todo con los medios que el espíritu de destrucción ha sabido sacar de la ciencia moderna, es una fuerza tantas veces superior á un ejército cuantas sea el número de inteligencias libres y resueltas que se contenga en el grupo de los solidarios.

¡Solidaridad para la lucha revolucionaria; solidaridad para el triunfo de la revolución; solidaridad para la reconstitución de la sociedad, de modo que el interés del individuo se identifique en absoluto con el de la colectividad! ¡He ahí la salvación de la humanidad!

* * *

Un célebre comunista francés salió un día con la siguiente humorada: Si de repente se muriese el arzobispo de París, sería una desgracia, pero pronto tendríamos quien le reemplazara; si se muriese el rey, ya tenemos asegurado el heredero; si nos faltase el Gobierno en pleno, no habrían de faltarnos ministros; si al Tribunal Supremo, al Parlamento y á otra multitud de instituciones y funcionarios se los llevase pateta, sería una lástima, pero sobre ser todo ello fácilmente reemplazable, quedaría aún el consuelo de que podríamos pasar también dejando todas las plazas vacantes. ¿Qué sucedería, en cambio, si todos los trabajadores muriesen en un día? Sin asistencia doméstica, sin comestibles frescos en el mercado, sin dependientes en tiendas y almacenes, desiertos los escritorios,

los talleres, las fábricas, los campos; abandonados los ferrocarriles, los caminos y los puertos; faltos de pan y careciendo con él de todos los elementos de vida, el terror se apoderaría hasta de los privilegiados más valerosos, levantaría un clamor de espanto, que pronto invadiría el espacio resonando como trompeta apocalíptica el grito de ¡sálvese el que pueda! ¡Todos los vínculos se romperían en un instante!: ni rey, ni súbditos, ni gobernantes, ni gobernados, ni padres, ni hijos, ni hermanos, ni soldados, ni paisanos, ni curas, ni laicos, ni presos, ni libres, ni ricos, ni pobres; la disolución de la sociedad; la masa desorganizada y descompuesta dejando libres los átomos que la formaban... Interrumpida la acción de los siglos; rota la continuidad social, quedaría la humanidad restante en esta alternativa: ó empezar de nuevo ó morir de una vez.

Pues á hacer práctico el apólogo de Saint-Simón va el proletariado militante, pero dejando la suposición de la muerte, que ha servido hasta ahora de recurso sugestivo, para entrar de lleno en la acción por la plétora de vida, por el poder de la inteligencia.

A la huelga general, á la expropiación, á la anulación de los ejércitos permanentes, al aniquilamiento de todos los privilegios, á la nivelación social; á eso vamos, sitiando al privilegio por reducción de comodidades, por desconocimiento de superioridad, por declaración de desobediencia, por despreciativo insulto al orgulloso infatuado, por falta de alimento al apetito voraz, por el miedo cobarde á la indignación popular, por la destrucción de los fetiches inventados para santificar la tiranía y el despojo, por la ruina de los templos y de los palacios, por la derogación de toda esa jurisprudencia que llama derecho al despojo, castigo al crimen y justicia á la iniquidad.

¡Sí; el simbólico cuerno de la abundancia, emblema de nuestra civilización para los poderosos, ó es para todos ó para ninguno. Ni un día más podrá decirse en lo sucesivo que hay crisis, y, por consecuencia, miseria para el trabajador por abundancia de productos.

Si con un sistema de trabajo que excluye de la producción y da mayor derecho al consumo á tanto holgazán en nombre de la religión, de la patria y de la riqueza, se produce hasta llenar los almacenes locales y nacionales y ser rechazadas las ofertas en los mercados extranjeros, es prueba evidéntísima de que la naturaleza y la actividad humana bastan y sobran para la satisfacción de todas nuestras necesidades; y de lo que sobra no hay razón para escatimarle, ni racionarlo, ni menos para privar de ello al que más ha contribuído á producirlo.

Teniendo como tenemos en nuestras manos la producción, no hay como pararla; no producir, y reducir á la impotencia al privilegio y sus sayones por el hambre; no producir, y que la soberbia y el orgullo cedan ante el estómago vacío, ante la exigencia del pequeño servicio que no puede exigirse al doméstico que ha solidarizado su acción con la del obrero y la del campesino; no producir y que los palacios, los cuarteles y los conventos queden desiertos, faltos de proveedores; no producir, y que una nivelación ante la común necesidad sea precursora de la concordia fundada sobre la fraternidad comunista.

*
*
*

A última hora el capitalismo ha inventado lo que puede considerarse como el *sumum* de la usurpación social: el *trust*. Con esa palabra bárbara y malsonante se designa una agrupación de ricos para ganar, algo semejante á lo que pudiera ser una asociación de foragidos para robar. Figúrate, lector, los diversos industriales de un país que explotan un mismo negocio, y que, hartos de acatar el balancín de la oferta y la demanda y de hacerse guerra unos á otros vendiendo barato para quitarse la clientela, se pusie-

ran de acuerdo, unieran sus capitales con las necesarias precauciones, y, libres ya de competidores, señalaran un precio abusivo al consumidor; figúrate, además, ya puesto en el caso, que esa agrupación nacional pudiera resentirse aún por la competencia de negociantes de otros países, y que por el mismo procedimiento y con los mismos fines se forma la asociación internacional: pues eso es el *trust*, que españolizando un poco la traducción francesa de esa palabra norteamericana llaman algunos sindicato.

¿Qué te enseña ese hecho? Pues, si no salta á tu vista sencillamente, es que la propaganda societaria hecha en beneficio de los trabajadores para el bien, se han apresurado á hacerla positiva los burgueses para el mal, y se asocian hoy para dos cosas: para vender por mucho, muchísimo más que su precio de coste el producto de tu trabajo, del que te despojan mediante el jornal; para negarse á admitir en sus talleres, en sus fábricas, en sus oficinas y en sus campos al asalariado consciente y altruísta, capaz de servir á las ideas y de sacrificarse por sus compañeros; es decir, convierten la sociedad en una Sierra Morena y la ley en un pacto del hambre.

Afortunadamente, las cosas caen del lado que se inclinan, y semejante centralización de capitales, que pone en poquísimas manos toda la riqueza social del mundo, puede facilitar la revolución con una quiebra cataclísimo ó favorecer la expropiación de los usurpadores en el día de las grandes reivindicaciones.

Así lo han reconocido recientemente economistas de todas las escuelas, y así se ofrece sencillamente á la consideración del más elemental sentido común.

La burguesía hoy es como aquel avaro que, habiéndose hecho arreglar en secreto una cueva hábilmente cerrada para guardar sus tesoros, entró en ella un día, y por una ligera inadvertencia se cerró la puerta tras de sí; cuando quiso salir, vió que era imposible, y entonces comprendió que las mismas precauciones adoptadas para su seguridad imposibilitaban todo auxilio, muriendo al fin de terror y de hambre en un lecho de monedas de oro, donde su fantasía, excitada por la conciencia y tal vez también por la superstición, le representaba el gran error de su vida.

—¡Tú—le decían los fantasmas de la fiebre,—que quisiste ser feliz en el término de tu vida quitando á tanto y tanto trabajador alimento, descanso, instrucción y alegría, que todo eso significan esas monedas ahí amontonadas, porque provienen de aquella hora más que les hiciste trabajar cada día, de aquella asistencia que les privaste á un centro instructivo, de aquella pena que sufrieron al ver morir á su hijo por falta de la debida asistencia facultativa, de aquellos céntimos con que recargaste el artículo de consumo amén de su nociva adulteración, de aquella usura con que les hiciste un préstamo, de aquel invento que te apropiaste para producir más á menor coste privando aún del jornal al jornalero, de aquella mejora que impediste para ejercer libremente un monopolio!... ¡porque sólo así se atesora en el mundo; de modo que no hay rico inocente, ora sea burgués empedernido, tierno infante rodeado de mimos y pueriles comodidades, adolescente que adquiere ciencia adulterada y cara en la Universidad, ó cándida doncella que compra ante el altar con su rica dote el derecho de llamarse esposa de un gznápiro aristócrata; porque toda moneda poseída acredita á su poseedor, por activa ó por pasiva, de cómplice en una iniquidad!... ¡Hete aquí impotente, agónico, miserable, privado hasta de medios de reparar tu falta, de renunciar á tu error, sumido en un infierno, donde para que nada falte para caracterizarle como tal, hasta tus buenas intenciones, hijas del desengaño, son estériles!...

Sí, burguesía, esa es tu situación.

Tú, pequeño burgués, que con el crédito y un cortó capitalito vas arrinconando un

patrimoinejo para tu vejez y para tu heredero, estás condenado á muerte: el *trust* te absorberá.

Tú, gran capitalista, accionista del *trust*, archimillonario, señor de señores, el *krac* te acecha, la bancarrota te arruinará.

Morirás por la liquidación revolucionaria con la misma muerte que diste á la nobleza; tus servidores de hoy, el clero, la magistratura y el generalato guerrero, te abandonarán, como por servirte abandonaron á sus antiguos señores, cuando suene el tremendo salvase el que pueda que anunciará su fin al mundo del privilegio ante la tremenda huelga general, que no va ya á aumentar unos céntimos el jornal ni á disminuir unos minutos la jornada de trabajo, ni á someterse á una ley de jurados mixtos, ni á contentarse con una subvención en caso de accidentes del trabajo, ni á vivir supeditado al juego constitucional entre conservadores ni liberales, ni á preferir una mala república sobre otra peor monarquía, ni á conquistar los poderes públicos según la frase ridículamente sonora del socialismo autoritario, sino que va lisa y llanamente á la posesión del patrimonio universal.

En resumen:

Trabajador, burguésil'o, capitalista, masa inconsciente, rémora conservadora, tenedlo entendido: la Huelga Revolucionaria, por otro nombre la Revolución Social, se halla al término, quizá cercano, de vuestras luchas, de vuestras ansias, de vuestras preocupaciones, de vuestros apasionamientos, de vuestras miserias ó de vuestros sublimes ideales; por ella, cual tras un naufragio que, sumergido el buque, dejara á los naufragos en paradisíaca isla libres é iguales ante la necesidad de vivir, quedaréis siendo hombres sin adjetivos sociales, porque las jerarquías, las clases y las distinciones se habrán hundido en el abismo, y para reorganizar la sociedad tendréis, no la supuesta revelación, no las utopías sectarias de ninguna clase, sino lo único que justifica y que salva, la verdad, la ciencia, pero la ciencia libre, la ciencia desestancada, no esa falsa ciencia oficial de Universidades y Academias, que da títulos á los privilegiados que son como patentes de corso con derecho legal para usurpar riquezas; no el Evangelio, falsamente llamado *buena nueva*, desviación lamentable de la evolución humana, producto teológico que llena la historia con el relato de las injusticias enormes, crueles é infinitas cometidas en su nombre; no la Jurisprudencia, sanción de la iniquidad y del despojo bajo el nombre de derecho y por la autoridad coercitiva de la ley, sino la Sociología, que señala á la razón la norma justa de las relaciones humanas.

LA REDACCIÓN DE

•La Huelga General. •

Barcelona, Septiembre de 1902.

CLARY

I

Remando como boteros consumados nos alejamos Luis y yo del bullicioso Brooklyn, con la sana intención de ver trasponerse al sol, recostados á la banda de nuestra frágil barquilla y mecidos en silencio por el suave vaivén de las olas, tan mansas y en calma aquella tarde como viejo misántropo que sólo espera la eterna paz de la tumba. A dos millas del gran puente hicimos alto, limpiamos el sudor de los rostros y aspiramos con

ansia la brisa fresca y salitrosa que alegre y vivifica, cuando recaló á la proa del bergantín «Mary» una *kayak*, conduciendo á su bordo un grupo de muchachas divertidas, compitiendo en risas y cántares con el graznido de garzas, gaviotas y pelícanos, que revoloteaban en torno de aquel *bouquet* flotando sobre las olas saladas.

Guiada la canoa por hembras fuertes, con precisión admirable, presto nos cruzó por estribor, desliziéndose con la rapidez de un *yat* velero con viento á todo trapo.

Al oír las carcajadas y ver los diáfanos semblantes de las marineras, la frente de mi amigo hizo una arruga, y entonces se me ocurrió interrogarlo de esta suerte:

—Siempre discutimos sobre filosofía; tú defiendes á Spencer y Schopenhauer; yo, más optimista, me quedo con Reclus y Kropotkin; pero nunca hemos sintetizado el punto respecto á la mujer. ¿Qué opinas, pues?

—¡Oh, la mujer!... Esta es el verdadero gancho, el anzuelo que mejor sirve al «genio de la especie» para seguir su obra maldita de perpetuar la raza humana, indiferente á los dolores de esa pobre, loca, imbécil humanidad, que no cesa en su ¡ay! ¡ay! desde la cuna al sarcófago. El divino amor de madre que ponderan los vates, con sus desvelos y cuidados, con sus besos y caricias, con su ternura deleitosa, con todo el sacrificio de que es capaz una madre, sólo es la compensación de su terrible responsabilidad por dar vida á una víctima, llevada de un placer engañoso, de una futil voluptuosidad. La madre que se sacrifica por un hijo, ni con esto pagaría su culpa. Aún más: si yo asesinará á un semejante, no me creería tan culpable como engendrando una criatura por el placer de darla vida.

—Tus argumentos son disparatados; contradices las leyes naturales...

—¡Ah! ¿Y no es una verdadera contradicción la misma existencia?

—Luis, ¿no amaste nunca otra mejor?

—Sí.

—¿Quieres contarme ese detalle de tu vida?

—¡Oh! Supones que escudriñando encontrarás el móvil de mi escepticismo; pero no por eso mis argumentos serán menos lógicos.

—Es que no me explico á tus treinta y cinco años la muerte del amor sexual.

—Por la reflexión, tras de grandes dolores... Oye la historia de mis amores con Clary.

II

Ya te he dicho otras veces que desde niño, por intuición, veía y juzgaba á la sociedad, con sus costumbres ridículas, sus mentiras perpetuas, sus odios de clases, sus bestiales egoísmos, etc., como á un inmenso manicomio donde se encuentra, desde la histérica mujer que la da por vivir disfrazada, hasta el monomaniaco que se afana en conservar añejos pergaminos; desde el furioso burgués que amontona oro sin ver lágrimas y llagas, hasta el terrible *Don Quijote*, cuya manía es producir ruidos con el sable y la coraza que atemorizan á sus semejantes, y atormentarlos, por el placer de creerse y probar á los demás su *majestuosa* superioridad; sin que ninguno de estos enfermos de la mente hayan tenido un segundo de lucidez para meditar, elevados sobre la pesada atmósfera terrestre, por la contemplación estética, ese lecho sombrío y elocuente que abre en silencio aterrador el hombre lleno de andrajos á quien, con desprecio, llamamos sepulturero...

Poco más ó menos, así me expresaba en una reunión íntima, cuando tomó la palabra Clary, y, con pasión admirable, con elocuencia convincente, probó la injusticia social; pintó con vivos colores la indignancia de los pueblos; arfatematizó al millonario; fustigó con sarcasmos, hirvientes como espolazos, á esa ley que se vende, asesinando á la ino-

cencia, y profetizó, con arranques sublimes que producían calofríos, una formidable revolución, seguida de bienhechora calma, llena de amor, justicia y solidaridad universal.

Al concluir estaba radiante de hermosura, ideal; yo estaba sugestionado. Tomamos el té y nos despedimos, pero en mi mente seguía la imagen de Clary: su hermoso rostro nacarado, con un tinte de lirio y rosa; sus grandes ojos de verde mar; su frente elevada y recta; el negro promontón; aquella nariz griega; su boca pequeña de labios encendidos; el talle esbelto de palmera real; el seno redondo, capaz de alimentar gemelos; sus caderas anchas, de fértil medre, dejando adivinar contorneadas columnas, veladas por medias de seda azul ó rosa pálido...

¿Quién era Clary?... A la mañana siguiente me dijeron: «Vive dando clase de idio. mas; su padre es un honrado hijo de Creta; su madre nació en Irlanda; la joven recibió una educación especial; se cree libre como la golondrina, porque su corazón—dice—pertenece á los que se cubren con harapos; lo mismo escribe los fondos del órgano de John Mors, que arenga á las muchedumbres, incitándolas á sacar el pan del horno, cuando no hay trabajo y tienen hambre. Los burgueses la llaman *el águila*».

No necesité más; Clary absorbió mis sentidos; vivía para verla, oírla, idolatrarla. Un año fué su amigo íntimo sin comunicarla mi pasión.

Un día la dije:—Clary, hoy nos despedimos, porque me voy mañana á la Florida; anhelo una vida azarosa que exige mi temperamento; quiero vivir en la soledad de los bosques, oír íntimamente á la madre común, pasar penalidades, peligros, hambre... Quiero conocer los indios salvajes que tanto odian la civilización, y... si son mejores que nuestros comediantes civilizados, me quedaré en una tribu de *pieles rojas*.

—¿Cuándo decidiste ese viaje?—me preguntó.

—Anoche—la contesté.

—Bien, bien;—dijo—rompiendo la punta de un latiguillo con sus dientes.

Como el silencio se prolongaba, me atreví á interrumpirlo tendiéndola mi mano, al mismo tiempo que la decía: yo nunca olvidaré á mi mejor amiga, y espero que guardes algún recuerdo á este desgraciado excéntrico, como suele llamarme.

—Tú me ocultas la causa de tu partida—dijo,—pero te juro que la confesarás. Mirame á la cara y contesta... ¿Por qué nos abandonas?...

—Ya te lo he dicho—argüí.

—Pero has mentado—me dijo con firmeza—y quiero que seas leal. Habla sin ocultarme nada.

—¡Claryl!...—exclamé.

—¡No sigas!—añadió dejando caer el latiguillo.—Por algo me llaman «el águila»... Oyeme Luis: tú me amas, ¿verdad?... Y yo, con toda la vehemencia de mi alma volcánica, con toda la sensibilidad de que estoy dotada, juro seguirte por amor, como esclava como amante y como madre... Era feliz amándote en secreto... ya éste desapareció, y desde hoy te seguiré adonde quieras llevarme. Mañana nos casaremos civilmente... después... ¡sabes que soy fuerte!... iremos á buscar juntos, azares, penalidades, hambre... pero acorazados con nuestro amor inmenso, puro, anárquico.

III

Dos meses más tarde, con maletines de viaje, una hamaca, dos rifles á discreción, vistiendo trajes ligeros de cazadores, con polainas hasta la rodilla y *kepis* de doble visera dos jóvenes desembarcaban en *Miami*. Tenían la misma estatura y parecían felices...

Estos aventureros éramos Clary y yo buscando lo que nuestra edad y temperamento,

requerían; amor y peligros, risas y ayes, ansiedad y calma, secretos desconocidos, armonías de ruiseñor y rugidos de fiera, estampidos del trueno y murmullos del río, huracanes en el bosque que se troncha y arrullos de torcaces que se aman, sol que abrasara nuestra piel y tierra fresca para dormir; teníamos por asilo la inmensa llanura; por alimentos la fruta, la caza y la pesca; por compañeros los pájaros; por esencias el perfume resinoso de los pinos; por abrigo el fuego de nuestra edad; por tesoro nuestra imaginación.

Juramos abrazados no contar á nadie nuestro idilio, pero, faltaré relatándole un detalle que nunca podré olvidar.

Una mañana salíamos del río, y al ver á gran altura un águila tendida sobre el aire sin decir nada á Clary tomé el rifle que yacía sobre el maletín, cabe la orilla, y llevándolo á la cara, oí á mi compañera que gritaba á mis espaldas:—¡¡No!!—Pero, era tarde; había hecho fuego...

—La has herido y sufrirá oculta—dijo, añadiendo de pronto:—La muerte no duele—tomó su arma, hizo fuego y el águila cayó pesadamente en tierra.

Cuando se la traje, después de examinarla exclamé: Clary, le atravesaste el corazón. Como no me contestara, levanté hasta ella los ojos y observé que lloraba en silencio... Después, arrepentida de aquel exceso de ternura, me besó apasionada, y sacando del maletín un juguete de barro que nunca le había visto, y haciéndome sentar sobre la margen del río, tocó la ocarina de manera tan sublime, que indemnicé con mis lágrimas las que ella acababa de verter por el ave muerta.

Cuando concluyó, juntó su boca con la mía; al despegarlas vió una gota de sangre en mi labio y la quitó con los suyos...

IV

Clary poseía una cabecita de angel alado, sobre los hombros de una hembra, y ésta había de manifestarse. Ella no era más ni menos que la planta. La semilla cayó en el surco é infaliblemente germinaba...

Meses después de haber regresado á Nueva York tuve necesidad de ir á California para evacuar un asunto del padre de mi encantadora «Aguila», y cuando volví, á los quince días, no obstante telegrafiar la hora de llegada, sólo encontré al anciano griego á la puerta de la casa; su lengua barba me pareció más blanca, sus mejillas más cereas y descarnadas, su mirada me sobrecogió. Intentó detenerme, pero fué inútil; corrí al aposento, herido por una idea cruel, y ví... ¡Ahl... El lecho de mi Clary aún estaba tibio, pero ella, ella no estaba... á mi vista, y corrí la sábana y encontré una cabeza informe, sin boca, ni ojos, ni nariz; algo parecido á una piedra grande, tosca, amarilla y sucia; arrojé el blanco sudario y aparecieron sus pechos, antes dulces como la miel de las abejas, y ahora transformados en horribles sacos de materia; su vientre era una inmensa vejiga de pus, infecto, nauseabundo, que envenenaba la atmósfera; los brazos y las piernas parecían extremidades podridas, hediondas, de bestia putrefacta que yace en un barranco.

Y sin embargo, aquel monstruo horripilante era mi Clary, la luz de mi existencia, el ensueño de mi vida.

Ella, que hizo blanco certero en el gato montes, el ciervo y la zorra, en el hibix, la ardilla y el guanaval, fué víctima del microbio varioloso que hizo blanco en sus frescas y sonrosadas carnes.

¡Pobre Clary! Hoy la amo aún más, pero sin egoísmo: amo á Clary en todo lo que palpita, porque lo que palpita sufre.

A mi larga desesperación, á mi dolor inmenso, sucedió esta indiferencia, esta beatitud que ya conoces...

Ahora, vámonos.

*
**

Aquella tarde no vimos ponerse al sol, pero ví el alma delicada de mi amigo Luis.

SECUNDINO DELGADO.

LA HIPERFÍSICA Y LA FÍSICA

II

La palabra Física viene del sanscrito bhñ (phñ), sér; phúdis creación; en griego φύσις (phyó), yo nazco, yo produzco, φύσις (physis) naturaleza; esto es, nacimiento, producción; φυσική (physiké), la ciencia de la naturaleza; ó sea la ciencia que trata de las propiedades de los cuerpos, mientras no cambian en su composición, así como de los agentes naturales con los fenómenos que en los cuerpos produce su influencia.

En su acepción más amplia y conforme con el origen de dicha palabra, en la ciencia de la naturaleza abarca el conocimiento del universo material, estudia los seres, tanto orgánicos como inorgánicos, sus propiedades, las acciones que los unos ejercen sobre los otros, los fenómenos que presentan, las condiciones en que éstos se verifican y las leyes que los regulan. En este concepto es sinónimo de Filosofía natural, y así fué considerado por mucho tiempo.

Aristóteles, al escribir asuntos de Física, á falta de hechos y relaciones que consignar, entregábase á lucubraciones, debidas más á la fantasía y al ergotismo, que al entendimiento y á la razón.

La fantasía ya se sabe que no es otra cosa sino alucinaciones, sueños, impresiones falsas de los sentidos, las cuales hacen ver ó creer que existe el algo, donde en realidad no hay nada.

El ergotismo es un sistema de argumentación silogística. Es denominación despectiva dada á este sistema por sus adversarios. Es un sistema que se empleaba en demasía en la escuela escolástica ó peripatética y que probablemente se usará en los seminarios para la carrera eclesiástica; por lo tanto se halla en gran decadencia con respecto á la Filosofía moderna, ó tal como se estudia en las Universidades.

La historia de la Física á grandes rasgos es la siguiente: La mecánica práctica tiene su origen en tiempos prehistóricos; pero la teórica no empieza hasta Arquímedes (287-212 años antes de J. C.) Desde el 325 al 1473 de la era cristiana, el ergotismo y bizantinismo dominaron por completo, imponiéndose á la observación y experiencia, á pesar de la erudición de Alberto el Magno y de la perspicacia de Rogerio Bacon, muerto en 1294.

En este tiempo la Física, Química y Astronomía tuvieron su existencia en la Astrología y Alquimia.

Desde 1474 á 1544, Benedetti da su teoría de la caída de los graves. Illetcher explica el arco iris.

Desde 1540 á 1571 los inventos se suceden con rapidez.

Pero el verdadero fundador de la Física moderna fué Galileo en 1564 á 1642, quien inventó y perfeccionó el microscopio.

Una vez expuesto lo antecedente, no hay más que verificar una comparación entre las dos palabras de que me he servido por este pequeño trabajo, y de ello se viene al conocimiento de que la palabra hiperfísica no significa ni puede significar lo dicho al exponer su programa, pues ni existe, ni existirá nunca el fin, el acabamiento, la finalidad de los estudios correspondientes á la Física, por cuanto ésta estudia, como ya he manifestado, la naturaleza, y como ésta es eterna, por ende sus estudios tienen forzosamente que serlo, y menos todavía llamar Metafísica la deducida á las ideas puramente espirituales ó psíquicas, pues no habiendo estudiado la materia, menos puede estudiarse su esencia ó naturaleza.

Existe un otro error grandísimo de trasponer las dos palabras de Física y Metafísica, y éste es el de haber pretendido llevar á cabo el estudio de la parte psíquica de nuestro sér, ó sea del alma, ó como quien dice de la esencia de nuestro cuerpo, antes de hacerlo, ó llevarlo á cabo el de la parte corporal, fundándose en que la parte espiritual es distinta é incompatible, en cuanto á sus funciones, de las del cuerpo, siendo así que sucede todo lo contrario, puesto que los fenómenos ó las funciones propias de la sensibilidad, la inteligencia y la voluntad que nos aprecia la materia, no el alma, pues aun cuando se estudian en los tratados de psicología, esta ciencia forma ó constituye una parte de las llamadas ciencias históricas ó naturales de las varias en que se dividen éstas, como es, entre otras, la que se denomina Antropología.

Así como en mi primer artículo he hecho la pregunta de ¿qué es el animal? del mismo modo me atrevo á preguntar ¿qué es el alma? Pues si se me contesta conforme con las doctrinas escolásticas, la tal definición es sumamente elástica, puesto que lo mismo se adapta al sér humano que á todos los demás seres animales, también puede hacerse extensiva á los vegetales, dado que algunos la tienen bastante caracterizada, á juzgar por los fenómenos que se observan en ellos, y aun apurando la cosa, me atrevo á decir que los minerales la poseen (y no se alarmen por esto que digo), como procuraré exponer con algunos ejemplos en otro artículo destinado al efecto.

La historia del alma resulta sumamente curiosa, pues los espiritualistas, deseando que imperasen sus doctrinas sobre las demás, apelaban á los subterfugios, á las argucias, á pesar de lo cual no les salía nunca bien la cuenta y siempre concluían con rendirse á las últimas teorías, demostradas con hechos palpables ó prácticos.

Pusieron como asiento del alma el estómago, mostrándoles que no existía en tal víscera; recurrieron al corazón, se les negó la tal localización; apelaron á los pulmones, se desechó la tal mansión como imposible; en fin, que acosados por todas partes, la localizaron en el cerebelo, fiándose más que nada en la forma ó figura arborescente con que aparece su interior, ejecutando un corte en el mismo; y demostrándoles también la no posible existencia de ella en tal lugar, la supusieron en todas y cada una de las partes que constituyen el sér, creyendo que con esto se consideraban completamente inexpugnables todos sus argumentos á favor de sus pretendidas teorías; pero con los descubrimientos de la moderna Terapéutica, la cual nos enseña las propiedades de los medicamentos calificados ó denominados anestésicos, se llegó á destruir la última situación del alma.

Hoy en día, si no todos, la mayor parte de los filósofos modernos creo que se hallarán conformes con mi humilde pensar en considerar el alma según la opinión del muy

ilustre fisiólogo francés Claudio Bernard, quien da la definición siguiente: es el conjunto de todas las funciones de nuestro organismo, el cual conjunto constituye la vida; de modo que según tan respetable autoridad científica, el alma no es otra cosa sino la vida, pero en su estado de actividad ó movimiento, de manera que en viniendo la muerte, el alma, de activa que era, pasa al estado de pasividad, ó sea al que posee la materia inerte, pudiendo juzgársele en este caso como inexistente ó que ya ha desaparecido, todo lo contrario de lo que se creía hasta hace pocos años, dado el predominio de las filosofías peripatéticas.

Por consiguiente, juzgando por estas deducciones, ningún psicólogo podrá dar un paso, ó verificar un estudio detenido y completo si no acude para ello á la filosofía racionalista ó al materialismo contemporáneo, pues únicamente lo que llevará á cabo serán teorías más ó menos ingeniosas, por las cuales se revelará su inventiva, pero no pasarán de esto.

Como ya he manifestado que el alma y la vida son sinónimas, y como es imposible dar una definición verdad de lo que es la vida, aun cuando se han expuesto bastante número de ellas por respetables autoridades científicas y filosóficas, sin embargo, en concreto todas ellas bien puede decirse que concuerdan, si no en la manera de manifestar ó de expresar, al menos en lo correspondiente á la esencia ó naturaleza de la misma, ó sea al sentido que las determina á todas ellas, y si es difícil definir lo que es la vida, más difícil aún es el comprenderla.

Vivir, existir, estar, he aquí tres palabras tan diversas en apariencia, pero tan semejantes en su esencia ó naturaleza, ó séase en la expresión indicada por las mismas, puesto que habiendo hecho los estudios en las ciencias naturales desde mediados del siglo pasado hasta la época presente, sobre todo lo relativo á los seres correspondientes á los últimos escalafones ó grados, tanto en el llamado reino animal como asimismo en el denominado vegetal, cuyos seres por su organización especial no puede incluirseles en determinado grupo sin que lleguen á faltar al rigorismo exigido en la clasificación, por no tener bien pensados los caracteres correspondientes á uno de ellos detenidamente, de modo que las funciones encomendadas á ellos tenían que hallarse en relación con el grupo en donde fueron incluidos, y como quiera que éstas vánse simplificando á medida que el sér va retrogradando, hasta no quedar reducida más que á los actos del crecimiento y la reproducción, los cuales se verifican: el primero mediante la imbibición ó sea la fuerza osmósica, y el segundo por escisipeindad ó separación, en dos, para que después cada uno de éstos pueda continuar como un nuevo sér y volver á ejercer las mismas funciones, puesto que dichos seres, como no son más que simples masas de substancia albuminoidea y por ende sumamente homogénea en el conjunto, sin diferencia ninguna de una parte á la otra, y careciendo de aberturas ú orificios indicadores para la introducción de substancias alimenticias, con cuyas condiciones nadie es capaz de determinar si será un sér correspondiente al reino animal ó pertenecerá por el contrario al reino vegetal, pues el reino de los protistas, denominado de este modo por Hæckel, participa de ambos; por consiguiente, si alma tiene el animal, alma debe de tener el vegetal; si inteligencia tiene el animal, inteligencia debe de tener el vegetal; si sensaciones tiene el animal, sensaciones debe de tener el vegetal; es decir, que ambos á dos deben de participar de las mismas cualidades ó propiedades.

Y si todo esto puede referirse á estos seres tan admirables, lo mismo cabe manifestar á aquellos á quienes se denomina litoñitos y litojos, pudiendo hacer la misma ó análoga relación ó referencia que en el párrafo anterior lo he llegado á verificar, conforme puede

deducirse si se atiende á la etimología de las palabras cuya es la denominación con que las han designado los naturalistas, á más que, como ya lo manifesté en mi primer artículo, las clasificaciones no existen, real y verdaderamente considerado el estudio de todos los seres cuyo conjunto constituimos la madre Natura, y esto puede ahora verse fijándose nada más que un poco en ciertos y determinados seres de estructura algún tanto dudosa y los cuales participan de dos de cualquiera de estas clasificaciones, á más que en una época se coloca un sér en un grupo, y después, llevados á cabo nuevos estudios en él, se le separa del lugar en que se le colocó para ponerlo en otro distinto, y sin embargo de lo cual, volver á colocarlo otra vez en el primero por haber resultado mal la colocación ó clasificación segunda, ó hacer un grupo aparte, separado por completo de los demás, por no adaptarse con la suficiente exactitud á los grupos ya establecidos anteriormente.

Todo esto indica, á mi modo de ver ó comprender, el estudio admirable de la naturaleza, que las clasificaciones, aun cuando real y verdaderamente sean ni más ni menos que un producto ó un resultado de las funciones cerebrales, ó un trabajo intelectual, sin embargo son, si no de absoluta necesidad, por lo menos es casi imposible prescindir de ellas, pues como se ajustan, ó están basadas en los caracteres ó propiedades que posee todo sér, esta es la razón lógica y contundente para admitir la existencia de las dichas clasificaciones.

Vivir y morir, he aquí dos palabras al parecer completamente contradictorias en su sentido, ó en la significación de ellas, y, sin embargo, dicha contradicción no es más que aparente, pues la realidad de ellas no indica tal cosa, como ya he manifestado en otro lugar; la semejanza, identidad ó analogía existente entre las palabras vida, existencia, y en fin, por las definiciones que de éstas palabras daré.

Además que la vida puede considerársela, en su estado de actividad ó movimiento aparente ó real, ó sea por los movimientos totales ó parciales; y vida inactiva ó pasiva, tal cual la posee la materia inerte, pero que participa de un movimiento, si no aparente ó visible, por lo menos debemos considerar á este movimiento como ideal, pues por lo que respecta á mí, no concibo, ni puedo concebir, la existencia de la materia sin la participación de movimiento de la misma, cuyo movimiento se comprende por las funciones características de ella, cuales son el calor, la luz, el magnetismo, la electricidad y otras.

El Dr. F. M. Koch, en su *Venus sensual*, manifiesta que no se muere sino para vivir bajo otra forma. El buey convierte la hierba que come en su carne, la de éste se convierte en la nuestra cuando nos alimenta, y la tierra que oculta nuestro cadáver suministra á plantas y gusanos grande alimento. No existe la muerte en la materia orgánica. Todas sus partes están animadas; las unas menos, la muerte; las otras más, la vida. Esto dice el doctor F. M. Koch.

Ahora digo yo. Pero como quiera que la materia orgánica se halla constituida por la materia inorgánica, de aquí que ésta á su vez participe ó posea las cualidades ó caracteres ó propiedades de la orgánica, por su derivación ó constitución la una de la otra, á más que si las leyes de la evolución se aplican á los seres que constituyen los llamados tres reinos de la naturaleza, animal, vegetal y mineral, del mismo modo ha de aplicarse también á todo lo que directamente procede de ellos, ó sea su consecuencia, pues para mí es una manera de razonar esta muy lógica y sensata y que se ajusta al dominio de la razón, aun cuando estas puras verdades sean algún tanto amargas, como todo ó casi todo lo que procede ó se deriva de las leyes biológicas, cuyas leyes se estudian por medio de teorías, en las que se dan cabida á todo lo existente, así sea el sér humano como otro sér cualquiera, por ser todos mirados bajo el mismo prisma, el cual es la ob-

servación, ayudada por la experiencia, secundadas por la inteligencia, como función del trabajo verificado por el cerebro, advirtiendo que la ciencia prescinde en general de las galas, adornos, joyas y todo cuanto sirve para embellecer la frase, dándola encanto, gusto, sabor exquisito y aromático, deleitable, que atraiga, que seduzca, ella únicamente expone sus doctrinas, sus máximas, sus pensamientos de una manera concusa, escueta, más ó menos desaborida, algún tanto abstrusa, y, por consiguiente, de todo esto resulta que es bastante áspera é ingrata para quien ó quienes no la comprenden, que por desgracia son muchísimos, entre otras razones por la educación mística que han recibido y no tratan de desecharla, pretextando ser la única manera de poner freno á todas las pasiones del ánimo, todo lo cual es un solemne disparate, pues aun cuando nos han enseñado de niños tal ó cual cosa, nosotros después debemos poner de nuestra parte todo lo que podamos para modificar ó enmendar lo que encontremos digno de la tal modificación.

Voy á concluir, por donde he empezado este pequeño artículo, diciendo que modifico mi manera de pensar y admitiendo por consiguiente el dualismo en el sér humano, pero con la advertencia de que este dualismo á que ahora me acojo, se refiere á que el sér humano es un compuesto de dos seres, ó sea macho y hembra, masculino y femenino, y, por lo tanto, semejante á todos ó casi todos los demás seres animales y vegetales, pues su naturaleza es la misma ó análoga, la diferencia estriba en el grado de animalidad ó vegetabilidad de que posee el sér á quien en el momento que se trata de él, o posea, con relación como es consiguiente, á los colocados simultáneamente en inferior ó superior categoría, conforme la clasificación que de ellos se haya hecho en el momento del estudio.

Por último, están demás, las dos palabras de hiperfísica y de metafísica, inventadas tan sólo por unas imaginaciones sumamente soñadoras y llenas de ilusiones, pero que perturban la inteligencia de algunos que se dedican á sus falsos estudios, inculcándoles doctrinas inverosímiles, por ir en contra de las leyes que la naturaleza tiene establecidas, las cuales leyes no es posible que nadie las altere ni modifique, y hay que establecer teorías para la explicación de estas leyes, ó sea la interpretación que se da de las mismas, para la comprensión de ellas, y de aquí la existencia de tantas cuantos son los autores ó creadores.

FÉLIX DE UNAMUNO.

La ley de preponderancia en la transmisión de los caracteres.

Siempre que faltan las condiciones de la mezcla en dosis iguales, la regla es la preponderancia de uno de los padres. «Es preciso que, en ciertas familias, un antepasado, y algunos otros después de él, tengan una potencia muy grande de transmisión sobre la línea descendiente masculina, porque de otra manera no se comprendería cómo ciertos rasgos semejantes podrían haberse transmitido después de matrimonios con mujeres de las procedencias más diversas, como se ha verificado en los emperadores de Austria y según Niebuhr, en ciertas familias romanas, con respecto á sus cualidades mentales.»

Siendo imposible comprobar exactamente la participación del niño en las cualidades

de sus padres (si es que se produce) bajo una forma tal que represente su punto medio, se ve que, en realidad, la verdadera ley empírica de la herencia es la que vamos á estudiar, y de la cual hemos dado ya muchos ejemplos por anticipado.

El lenguaje ordinario traduce esta experiencia diaria en las frases tan conocidas de: cómo se parece este niño á su padre; ó este niño es el vivo retrato de su madre! Pero la experiencia nos enseña también que esta preponderancia se verifica de dos maneras: ya es directa, ya es cruzada.

A veces la preponderancia es la de un sexo sobre el sexo del mismo nombre; entonces el hijo se parece al padre y la hija á la madre.

Otras, la preponderancia es la de un sexo sobre el sexo del nombre contrario; entonces la hija se parece al padre y el hijo á la madre.

Comenzaremos por examinar este último caso.

I

Durante la primera mitad del siglo pasado, gran número de fisiólogos sostuvieron que el caso más general es que la herencia vaya de un sexo al sexo de nombre contrario.

«Esto es, dice uno de ellos, lo que explica por qué tantos grandes hombres han tenido hijos de mediano talento.» Michelet cree poder afirmar seguramente la herencia cruzada en nombre de la historia. «Ningún rey (se trata de Luis XVI) mostró mejor una ley de la historia que tiene muy pocas excepciones. El rey es el extranjero. Todo hijo se parece á su madre. El rey es hijo de la extranjera y lleva su sangre. La sucesión casi siempre produce el efecto de una invasión, y las pruebas de ello son innumerables. Catalina y María de Médicis nos dieron italianos puros; la Farnesio igualmente, en Carlos III de España; Luis XVI fué un verdadero rey sajón y más alemán que la Alemania.»

P. Lucas, sin adoptar explícitamente esta ley, no la rechaza.

Veamos los hechos que la apoyan; los tomamos de tres fuentes: los cruzamientos de raza, las enfermedades mentales y la historia.

1.º Desde el punto de vista fisiológico, los casos de herencia cruzada son muy numerosos en el estado normal, es decir, cuando los padres están sanos y bien constituidos. Cuando alguno de ellos presenta alguna anomalía ó deformidad, la interversión es todavía más fácil de seguir. Generalmente se ve que la gibosidad, la claudicación, el raquitismo, el sexdigitismo, la sordomudez, la microstalmía, en una palabra, todas las imperfecciones orgánicas, pasan del padre á las hijas, de la madre á los hijos.

Desde el punto de vista psicológico, Gall cita el ejemplo de dos gemelos de sexo contrario, el niño se parecía á la madre, mujer muy limitada; la niña al padre, hombre de mucho talento.

Este hecho se manifiesta también en el cruzamiento. Cuando se cruzan un perro y una loba, ocurre ordinariamente que los machos heredan el natural del lobo; las hembras el natural del perro. Hasta parece que el cruzamiento se verifica con más seguridad en lo *moral* que en lo físico, como se va á ver. Buffon, después de haber intentado en vano cruzar un perro y una loba, renunció á ello. La casualidad produjo en otra parte lo que el arte no había podido hacer. La loba parió dos pequeños, un macho que se parecía físicamente al perro, pero cuyo carácter era feroz y salvaje; y una hembra que se parecía físicamente á la loba, pero que era dulce, familiar y cariñosa hasta la importunidad.

«Un gato salvaje cruzado con una gata doméstica, dice Girou, me ha dado dos gatos que se parecían á la madre y eran dulces y familiares como ella; y una gata que se parecía al padre, era salvaje como él y mucho más astuto que sus hermanos.»

El mismo autor recuerda que los cazadores han adoptado el proverbio: «perro de perra y perra de perro», para expresar que se encuentran las cualidades de la madre en el hijo y las del padre en la hija.

Los árabes, que se preocupan tanto de la genealogía de sus caballos, profesan una preferencia marcada por una noble extracción del lado de las hembras sobre una noble extracción del lado paterno.

En el hombre se podrían citar igualmente hechos decisivos. Como son de observación corriente, creo inútil insistir sobre ellos.

2.º Las enfermedades mentales suministran también un gran número de hechos en favor de la herencia cruzada. Se encuentran esparcidos en los diversos escritos de los alienistas. Pero Baillarger que, en sus *Recherches sur l'anatomie, la physiologie et la pathologie du système nerveux*, ha intentado un trabajo de conjunto, de 571 casos observados encuentra 246 de herencia cruzada y 325 de herencia no cruzada. El resultado, como se ve, no es favorable á la tesis que considera la herencia cruzada como en el caso más frecuente. El autor no deja de sacar esta consecuencia.

Se le ha objetado que la herencia de las afecciones mentales no es más que una de las formas de la herencia psicológica, y que no hay, en modo alguno, el derecho de deducir de una todas. Heredar de los padres una predisposición morbosa que produzca algún día la manía, la monomanía, la alucinación ó la demencia, no implica de ninguna manera que se haya heredado toda su constitución psicológica, su carácter, su genio, sus aptitudes científicas y artísticas, su memoria, sus pasiones, sus sentimientos; los hechos prueban lo contrario.

3.º Sólo nos queda citar algunos hechos tomados de la historia. Los ponemos á la vista del lector á título de simples documentos, limitándonos á los casos más conocidos y menos discutibles.

Herencia de la madre al hijo.—Cornelia y los Gracos,—Livia y Tiberio,—Agripina y Nerón,—Faustina y Comodo,—Blanca de Castilla y Luis IX,—Luisa de Saboya y Francisco I,—Catalina de Médicis y sus hijos,—Juana de Albret y Enrique IV,—María de Médicis y Luis XIII,—Los dos Chenier y su madre, etc.

Buffon, que ha sostenido la tesis de la herencia cruzada, decía que se parecía mucho á su madre. «Tenía por principio, dice Hérault de Séchelles, que en general los niños se parecen á su madre por sus cualidades intelectuales y morales... Aplicaba esto á sí mismo, haciendo un pomposo elogio de su madre que tenía, en efecto, mucho talento, conocimientos extensos, una cabeza bien organizada.»

Goethe se parecía físicamente á su padre y psicológicamente á su madre por su instinto prodigioso de conservación personal, su horror á toda impresión violenta, su imaginación mordaz y cáustica (para las anécdotas muy sabidas sobre este punto, véase su biografía). Tuvo de su criada, mujer de espíritu vulgar con quien se casó, varios hijos, de los cuales uno solo varón; murieron muy jóvenes. Este hijo se parecía á Goethe por la fuerza del cuerpo, pero era muy limitado como su madre, y Wieland le llamaba el hijo de la criada (*der Sohn der Magd*).

Herencia del padre á la hija.—Algunos autores la señalan en la antigüedad, respecto á Cicerón y Tulia,—Octavio y Julia,—Calígula y Julia Drusilla,—Teon el geómetra é Hipatia. En los tiempos modernos citaremos: Alejandro VI y Lucrecia Borgia,—Luis XI y Ana de Beaujeu,—Enrique VIII y sus hijas Isabel y María,—Enrique II y Margarita Valois,—Enrique IV de Francia y Enriqueta de Inglaterra,—Cromwell y sus hijas,—Gustavo-Adolfo y Cristina de Suecia,—el Regente y sus hijas, Necker y Mme. de Staël.

Quejándose á Calígula de que su hija, de dos años de edad, arañaba á los niños que jugaban con ella y hasta intentaba sacarles los ojos, él respondió riéndose: «Ya veo bien que es mi hija.»

«El Regente, dice Michelet, se parecía á su madre, bávara robusta y hombruxa. Fué ésta un espíritu curioso, activo y viajero á través de todas las ciencias, con un gusto de universalidad muy raro en la Francia de aquel tiempo, ó sea alemán, si no me engaño.» Su hijo (el del Regente), fué idiota; sus hijas, asombrosamente extrañas. La mayor, duquesa de Berry, desenfrenada y encantadora, cabeza descompuesta. La segunda, que tenía la universalidad del padre, era una enciclopedia y un torbellino. La tercera y la cuarta no fueron más que capricho y locura. Asombraron á Italia y á España con escándalos tan osados, que se habría podido ver en ellos sólo casos de locura.

Lucas resume así, según Carlyle, la genealogía de los Cromwell: «Nieta del terrible y frenético instrumento de Enrique VIII contra la Iglesia romana, Roberto Cromwell se casa con Catalina Stewart, prima segunda del rey Carlos I. A Oliverio, único varón de siete hijos de este curioso matrimonio, es á quien se transmite, elevándose á su más alta potencia, el entusiasta y profundo genio de los Cromwell. Oliverio toma por mujer á Elisa Boursier, de un natural benigno. Sus hijos varones son *pastores de la Arcadia*; sus hijas son más fanáticas que él.»

II

Examinemos ahora la otra forma de la ley: la preponderancia de un sexo sobre el sexo del mismo nombre.

Se apoya, como la precedente, en un gran número de hechos tomados de la fisiología, de la psicología y de la historia. Se ha pretendido que son menos numerosos que los hechos de herencia cruzada. Pero esto no es más que una impresión general vaga, y en definitiva, una hipótesis. A estas consideraciones dudosas, sacadas del número de los hechos, los partidarios de la tesis contraria podrían oponer, además de los hechos, que también están á su favor, una consideración teórica que no deja de tener valor; podrían decir que su tesis no es más que un caso particular del axioma admitido en materia de generación. Lo semejante produce lo semejante.

Entre los hechos fisiológicos que muestran la herencia que va de un sexo al sexo del mismo nombre, recordaremos la familia de Eduardo Lambert, el hombre puerco-espín, en la cual la enfermedad sólo se propagaba á los varones. El daltonismo, como ya hemos visto, se manifiesta más frecuentemente en los hombres que en las mujeres; sin embargo, se ha transmitido, durante cinco generaciones, á doce personas, todas del sexo femenino. La constitución, el temperamento, la fecundidad, la longevidad, las idiosincrasias ó anomalías de cualquier clase pasan con tanta frecuencia del padre al hijo, como de la madre á la hija.

La preponderancia de un sexo sobre el sexo del mismo nombre se revela á cada instante en la historia.

Herencia del padre al hijo.—Hemos dado tantos ejemplos en la primera parte, que es inútil repetirlos aquí. Recordaremos las familias de sabios, de músicos, de pintores, de hombres políticos ó de guerreros, en las que algunos conservan la herencia de un mismo talento durante varias generaciones consecutivas: los Bernoulli, los Cassini, los Mozart, los Beethoven, los Van der Velde, los Teniers, los Guisa, los Pitt, los Herschel, los Candolle, etc., etc.

Herencia de la madre á la hija.—No causará asombro que aquí no tengamos muchos

ejemplos que dar. Es probable que todos los que recen un poco sus recuerdos, los encontrarán en las familias ordinarias. En la historia, las ciencias y las letras, es más difícil. Como las mujeres sólo han representado en ella un papel muy restringido, es natural que los casos de herencia entre una madre célebre y una hija célebre sean bastante raros. He aquí algunos, sin embargo.

El emperador Augusto, que se casó varias veces, tuvo de Scribonia su célebre hija Julia. Esta, casada con Agripa, dió á luz otra Julia. Ambas fueron su desesperación por la infamia de su conducta. «*Julias, filiam et neptem, dice Suetonio (c. 65), omnibus probris contaminatas relegavit.*»

Observaremos de paso que, según el mismo historiador, César tuvo de Cleopatra un hijo «*similem Coesaris forma et incessu.*» Se llamaba Cesarión y murió muy joven.

Agripina, mujer de Germánico «la madre de los campos» mujer resuelta, heroica, *pervicax ira*, decía Tácito. Hija de Agripa, ha conservado en las facciones algo del aire feroz de su padre. «Hija mía, le decía Tiberio, tú te quejas siempre si no reinas.» Fue madre de la famosa Agripina, que dominó á Claudio é hizo de Nerón un emperador.

En la Edad Media se puede citar á Marozia, madre del papa Juan XI. Esta mujer célebre en el siglo X por sus riquezas, su influjo y sus arranques, heredó sus vicios de su madre Teodora y los transmitió á su hijo.

Michelet señala el parecido de María Leczinska con su hija Adelaida. «La reina, antes del matrimonio, tenía tendencias á la epilepsia. Hasta estando casada, por la noche, agitada por temores vanos, se levantaba, iba y venía. Madame Adelaida parece haber heredado mucha de esa agitación. Era valiente, tenía la audacia de su raza, con ciertos temores infantiles, por ejemplo el del trueno... La reina amaba á su padre (Estanislao) y siendo amada por éste extraordinariamente, hacía celosa á su madre. Adelaida heredó también esto y amó locamente á su padre, sin medida ni razón.» (*H. de F.* tomo XVI.)

Para resumir sobre el objeto de la herencia directa, é intermediata, diremos: en realidad el hijo hereda de su padre y de su madre. Ninguno de los dos tiene nunca una acción exclusiva. Uno de ellos tiene siempre una acción preponderante. Esta preponderancia se verifica de dos maneras: de un sexo al sexo del mismo nombre, de un sexo al sexo de nombre contrario. Ya hemos visto que una y otra son muy frecuentes.

La única cuestión que se puede presentar, sería esta: ¿Cuál de las dos es más frecuente?

La respuesta á esta pregunta es imposible, y si fuera posible, sería ociosa. Para ser rigurosamente exactos había que reunir todos los casos de herencia directa y hacer de ellos dos grupos; de una parte el cruzamiento, de otra el no cruzamiento, y comparar las sumas. Y todo este trabajo, imposible por otra parte, no conduciría á nada. Habría probablemente tan poca diferencia entre las dos sumas, que no se podría decir: ésta expresa la ley y ésta las excepciones. Siempre que este caso se presenta, y no es raro, se puede decir que las dos partes tienen razón y no la tienen; que cada uno sólo tiene un fragmento de la ley creyendo poseerla entera. Por otra parte, lo que disminuye mucho el interés de esta cuestión es que la transmisión hereditaria no está restringida á las dos generaciones que se tocan sino que las excede. Para comprenderla bien hay que seguirla en toda su evolución. Esto aparecerá más claramente después que hayamos estudiado los fenómenos de atavismo.

CH. RIBOT.

(Traducción de Ricardo Rubio.)

Ambrosio Pérez y Compañía, impresores.—Pizarro, 16, Madrid.